

MEMORIAL

JUAN

DAD A
CIÓN G

DE NUE
BIBLIOT

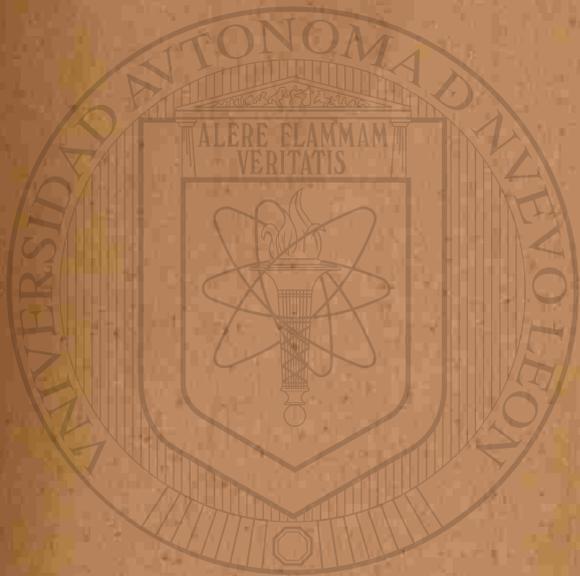
HX903

L6

1894

c.1

AL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



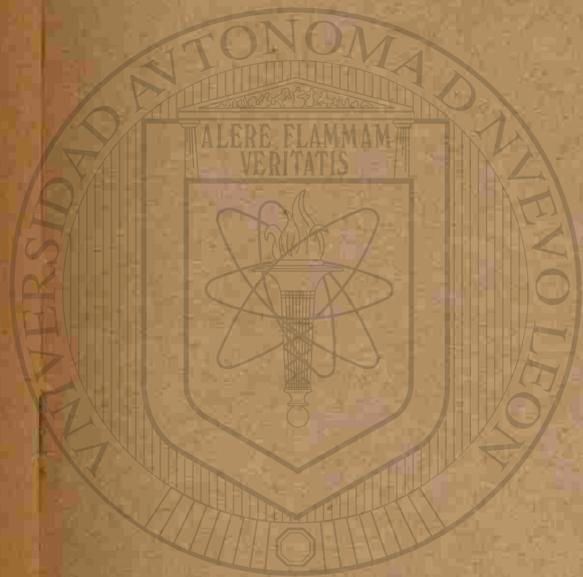
1080097422

BIBLIOTECA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

VOLUMEN I

LOS ANARQUISTAS.

14136



CÉSAR LOMBROSO



LOS ANARQUISTAS

TRADUCCIÓN Y NOTAS

POR

JULIO CAMPO

y

Gabriel Ricardo España



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

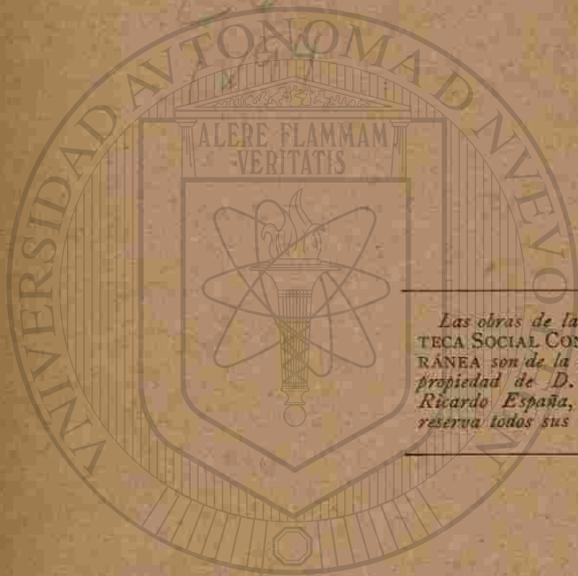
Paseo de San Vicente, 20

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MDCCLXXIV

H x 903

1.6



Las obras de la BIBLIOTECA SOCIAL CONTEMPORÁNEA son de la exclusiva propiedad de D. Gabriel Ricardo España, quien se reserva todos sus derechos.



A. S. PUBLICA DEL ESTADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

335

DOS PALABRAS.

Al ofrecer al público la última producción del profesor Lombroso, estimamos que huelga encarecer su mérito extraordinario. El nombre del ilustre antropólogo y criminalista italiano basta por sí solo para acreditar el valor del presente trabajo, inspirado por la justificada alarma que despiertan en todos los ánimos la actitud y los procedimientos de una facción que, seducida por los encantos de un falso ideal, amenaza con sus desmedidas violencias derrocar por su base la secular estructura de nuestra organización social.

El *criterio* con que Lombroso analiza

tan trascendental problema es el *positivo*, que siempre ha empleado en sus numerosas investigaciones. Aprovecha para fundamentar sus teorías multitud de indubitables principios, ya reconocidos por la ciencia moderna, verdaderos triunfos alcanzados por la nueva escuela que él iniciara con la ayuda de sus dos geniales compatriotas: Enrique Ferri y Rafael Garófalo.

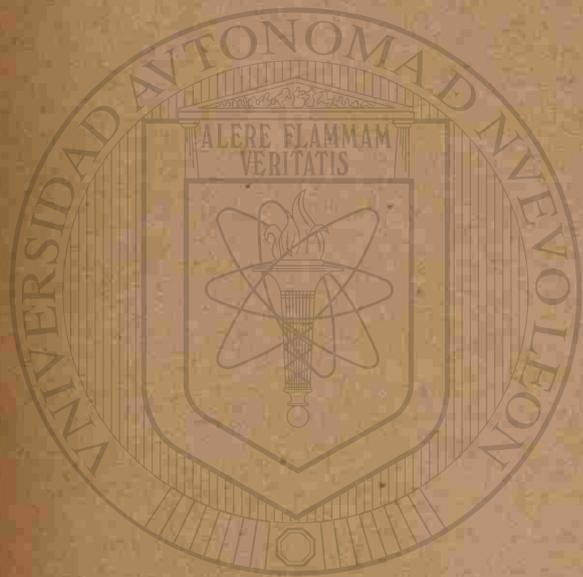
Se observa en este, como en todos los estudios del célebre maestro de *Psiquiatría e Medicina legale* en la Universidad de Turín, una admirable serenidad de juicio en la apreciación de las más difíciles cuestiones, y un talento claro y despejado cuando trata de refutar las opiniones contrarias, que se presentan como obstáculos para el total reconocimiento de las verdades que él se propone demostrar.

En las siguientes páginas se siente palpar el espíritu de un *razonador convencido*. No habla el utópico ni el sofista,

sino el estudioso sincero, de creencias arraigadas. Seguramente, la honradez científica es sólo patrimonio de las privilegiadas inteligencias.

Lombroso, poseedor de una vastísima cultura, se revela en este opúsculo un escritor erudito y ameno. Gran parte del éxito que sus obras han obtenido débese, sin duda alguna, al atractivo del ropaje, á la forma sencilla y elegante, y en muchos casos entretenida, con que presenta á sus lectores los asuntos más áridos y de carácter esencialmente técnico.

S. R. S. y J. C.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado y causa del anarquismo.

En estos tiempos en que todo tiende á complicar cada vez más la máquina gubernamental, no puede ser considerada una teoría como la anárquica, que representa la vuelta al hombre prehistórico, antes que surgiese el *paterfamilias*, sino como un enorme retroceso.

Sin embargo, del mismo modo que en el fondo de toda fábula late algo verdadero, en toda teoría, por absurda que sea, máxime cuando ha conseguido reclutar crecido número de partidarios, debe contenerse algo cierto, algo positivamente aceptable. No puede, no debe desecharse á la ligera este pensamiento, extraño hoy,

de retornar hacia lo antiguo, porque sólo una ilimitada vanidad humana puede hacer creer en un continuo progreso sobre lo pasado y sobre el hombre primitivo (1). No está representado nuestro adelanto por una parábola siempre ascendente,

(1) La idea de progreso es relativamente moderna. Según Laurent, su verdadero germen aparece en Roger Bacon; pero no empieza á desenvolverse hasta el siglo xv. Obsérvese que Lombroso no niega de un modo concreto el fenómeno real y complejo del progreso; sólo deja de reconocer su *continuidad*, á diferencia de algunos que lo suponen ilimitado en absoluto (Pelletan, en sus dos conocidos libros: *Profesión de fe en el siglo xix* y *El Mundo marcha*) ó lo incluyen en el número de las leyes que presiden de un modo permanente el desenvolvimiento histórico (por ejemplo, Ortolan, junto con la generación, la propaganda y la asimilación). Un ilustre maestro dice, de acuerdo con nuestro autor, que el progreso histórico es un concepto relativo, «porque en la vida se observa que el hombre, ser naturalmente perfecto y naturalmente progresivo sin interrupción alguna en el terreno de la idealidad, en el de los hechos sufre en su marcha frecuentes desviaciones de su ideal y experimenta á menudo numerosos retrocesos». En estas vueltas al pasado se funda, precisamente, la teoría de la degeneración atávica ó ascendente, una de las más importantes de la moderna escuela positiva.

sino por una línea en *zís zás*, que adelanta en unas ocasiones para retroceder en otras; y (recuérdese el *Multa renascentur quæ jam cæciderunt*) no siempre volver á lo que pasó es sinónimo de atraso; ejemplo: el divorcio, que no es, en cierto modo, otra cosa que la restauración de costumbres prehistóricas; ejemplo: el hipnotismo y el espiritismo, volviendo al campo de las profecias y de la magia, que nosotros habíamos relegado, considerándolas como las más pueriles fábulas de los antiguos tiempos; ejemplo: las teorías sobre el monismo, sobre la defensa social, sobre el derecho al castigo, que tan cerca están de las sostenidas en épocas pasadas, como cerca están también el sufragio universal (1), el *referendum*, etc.

(1) Véase el bellissimo libro *Socialismo e scienza positiva*, de Enrico Ferri, 1894, pág. 97. En *L'Uomo di genio*, sexta edición, he demostrado que el genio tiene no pocos caracteres regresivos, en tanto que el delincuente, aunque regresivo en sí, presenta muchos signos evolutivos, tales como la frecuente ausencia del diente molar, la neofilia, etc. (N. del A.)

Por otra parte, en el examen detenido de nuestras presentes circunstancias, se encuentra perfectamente definida la causa de la aparición del anarquismo. Cierto es que si pedimos á un empleado bien retribuido ó á un propietario de escasa inteligencia y de aun más escaso sentido ético, su opinión sobre el actual estado de la sociedad humana, nos responderán que ni nunca fué mejor, ni nunca podrá ser más perfecto; ellos están bien; ¿quién habrá que pueda no estarlo? Mas si interrogamos á hombres de honrada y alta conciencia, Tolstoi, por ejemplo, Richet, Sergi, Hugo, Zola, Nordau, De Amicis y tantos otros, todos nos dirán que nuestro *fin de siglo* es bien triste y desastroso (1).

(1) El novelista ruso primeramente citado, conde León Tolstoi, escribió no hace mucho tiempo una guía ó cartilla del anarquismo: *El remedio está en vosotros*, sajutado á los principios del Evangelio. La prensa europea se ocupa en estos momentos de un libro, refutación del anterior, que ha publicado, con el

Sufrimos muy principalmente, y sobre todo, por las grandísimas deficiencias que encarna el orden económico. Y no es ya que éste sea peor en absoluto que el de nuestros padres; la carestía que causaba á millones las víctimas, no las produce ahora sino por algunas centenas, y nuestros obreros tienen más camisas que el más encumbrado castellano antiguo. Pero lo que sucede es que han aumentado en enorme desproporción á los rendimientos, las necesidades y la repugnancia á los modos de satisfacerlas: la caridad conventual monástica es el medio más frecuentemente empleado para remediar la excesiva miseria, y no tanto sirve para ello, cuanto para irritar la altanera naturaleza del hombre moderno; la cooperación se desenvuelve en una limitada esfera de acción, y así en el campo, por ejemplo, falta casi en absoluto.

título de *La Anarquía pasiva y el Conde de Tolstoi*, la eminente escritora María de Manaceine.

Y no bastaría seguramente que una y otra, la caridad y la cooperación, estuvieran desarrolladas y fueran potentes, porque ciego y violento, como todo fanatismo, va apareciendo y extendiéndose entre nosotros el fanatismo social y económico, sobre las ruinas del patriótico, del religioso, etc.

Los ideales familiares, patrióticos, religiosos, los del matrimonio, del espíritu, el cuerpo y la raza, se van extinguiendo paulatinamente ante nuestra vista.

Y como el hombre necesita siempre un ideal para vivir, se ha abrazado al económico, que por ser más positivo y próximo á las necesidades de la vida, no podía escaparse á la inflexible lógica del análisis moderno, concentrando en dicho ideal toda su energía, mayor aun que la diseminada entre todos los demás; añádase que, no gozando de ningún beneficio que sea resultado de esos perdidos ideales, no hay ni fuerzas ni abnegación para seguir sufriendo las pena-

lidades y perjuicios que nos han causado.

La historia ha hecho justicia en cuanto á las dos primeras clases sociales; mas la historia no ha borrado todos los males, y ahora sufrimos nosotros los de una y otra, al mismo tiempo que los de sus sucesores. La orgullosa prepotencia feudal, por ejemplo; la intolerancia y la hipocresía religiosa, etc., permanecen aún inamovibles en algunos sitios, sumadas á la vanidad y altanería del tercer estado.

La dominación teocrática ha desaparecido tiempo hace de nuestras costumbres, al menos en la apariencia; mas agitada una cuestión en que entre de alguna manera una disquisición religiosa, el divorcio, verbigracia, el antisemitismo, la supresión de las escuelas clericales, y veréis surgir como por milagro y de todas partes, furiosas oposiciones, bajo todas formas, aun bajo las más liberales, defensoras de la libertad individual, del respeto á la mujer de la protección á los niños, etc., etc. El militarismo ha per-

dido de igual modo su importancia en casi todas las modernas escuelas; pero tocad en un punto cualquiera algo que á militares se refiera, y tendréis concitado contra vosotros, si no al verdadero y culto público, sí á lo que se llama esfera oficial ó semioficial; y en el presupuesto del Estado se emplean millones y millones en mantener permanentemente millares de soldados y centenares de oficiales y de generales en absoluto inútiles, en tanto que se adeudan miserables céntimos á los pobres maestros, á quienes se reservan estériles elogios y halagadoras promesas, y en tanto que aparece impune la quiebra fraudulenta y se grava en cantidad crecida la exhausta renta del mísero campesino.

Y referiros igualmente á los ideales patrióticos ó estéticos; se han borrado, es cierto: mas excitad al pueblo francés á que olvide sus odios á los italianos, á los ingleses, á medio mundo; demostrad á la clase media italiana cuán ridícula es

su falsa adoración á los clásicos á quienes no entiende y de quienes sinceramente no gusta, mientras desperdicia y desatiende las más preciosas épocas de la vida de sus hijos: fingirán no entenderos, y se escandalizarán de vuestras palabras.

Contra la ambición de lucro de los industriales, surge el cuarto estado, protestando de todo, al conocer cuán grande es la desproporción existente entre las utilidades y fatigas de los tres superiores estados de la sociedad, y las utilidades y fatigas del suyo.

Y convencido el ánimo de la injusticia de tal desproporción, se clama y se grita allí donde es menor la estrechez, con la esperanza de iniciar una reacción con las energías que aun quedan. Los pobres indios, muriendo á millones de hambre, no tienen fuerza para reaccionar; no la tienen tampoco los lombardos, ferozmente castigados por la *pellagra*; por el contrario, los labradores de la Alemania

y la Romagna, como los obreros de Australia, en situación menos mala que los demás, tienen una mayor potencia iniciativa y reactiva, y protestan por sí y por aquellos otros cuya desesperada condición no les deja ni los medios precisos para hacerlo. Es de notar, en aserto de nuestras palabras, el significativo hecho de que no todos los anarquistas son pobres, sino que, antes bien, hay muchos ricos (1).

(1) Según una estadística, por cierto poco exacta é imparcial, publicada por la Prefectura de París, existen en esta capital 500 anarquistas (éstos dicen ser 7.500 en París y 4.000 en el resto de Francia). Los 500 anarquistas están divididos en dos clases: propagandistas y adeptos; entre los primeros se cuentan: 10 periodistas, 25 tipógrafos y 2 correctores, y entre los segundos, 17 sastres, 16 zapateros, 20 obreros de profesiones relacionadas con la alimentación, 15 ebanistas, 12 barberos, 15 mecánicos, 10 albañiles y 250 de diversas profesiones, entre los que se encuentran un arquitecto, un ex ujier, un cantante, un tomador de bolsas (sic), un agente de seguros, etc. Estas cifras son indudablemente inexactas; mas de todos modos se comprende que entre los afiliados no debe ser muy grande la miseria; no

Es, pues, innegable que, sea bajo la forma republicana, sea bajo la forma monárquica, casi todas las instituciones sociales y gubernamentales son, en la raza latina al menos, una enorme mentira convencional, que todos aceptamos en nuestro fuero interno, en tanto que gozamos de las dulzuras de una regalada vida.

Mentira es la fe en un parlamentarismo que á cada momento nos pone de relieve su triste impotencia; mentira la fe en la infalibilidad de las esferas del Estado, formadas con asaz frecuencia por los ciudadanos menos cultos é inteligentes; mentira la fe en una absoluta justicia que, pesando excesivamente sobre los

lo es en H. Dupont, riquísimo ganadero, ni en Krapotkine, ni en Gori, ni en Molinari, todos propietarios.

Dubois (*Le peril anarchiste*, 1893) calcula que hay en Francia de 20 á 30.000 anarquistas, en su mayor parte de vida sedentaria: zapateros, sastres, carpinteros, tapiceros, etc., sin que se cuente, entre todos, ni un solo indigente.

hombros del humilde, no grava sino con un 20 por 100 á los verdaderos culpables de nuestros infortunios, imbéciles casi siempre.

Es un hecho gravísimo, sobre todos, que las bases del Gobierno representativo estén adulteradas. Ha parecido por algún tiempo que cuanto más se tienda á dividir el poder, tanto menos despótico será éste, y tanto más inteligente y moral. Mas contradicha estaba tal creencia aun en los siglos pasados, en tiempo de Maquiavelo: toda forma de gobierno lleva en sí los gérmenes que han de arruinarla; y esto ocurre aún más con la nuestra, basada sobre la multitud; y una multitud, aun la menos heterogénea, aun la más escogida, da una resultante de sus deliberaciones que no es seguramente la suma, sino la sustracción del pensamiento del mayor número.

Hasta en sus mínimos detalles es errónea la forma de nuestras instituciones. Precisamente las esferas del Gobierno

que deberían ser más técnicas é ilustradas, lo son menos, porque las necesidades parlamentarias exigen en un momento dado, ó un demócrata, ó un lombardo, ó un veneciano, sin atender para nada al positivo mérito de cada uno. ¿Quién habrá de creer en la utilidad práctica y en la competencia de un Ministro de Marina tal vez reclutado entre los pintores, ó en la de un Ministro de Instrucción pública escogido acaso entre los marinos? (1).

Y no solamente no es el sistema parlamentario garantía del buen gobierno, sino que constituye un instrumento del malo; es, como he demostrado en mi *Delitto politico*, la falsa cicatriz que, encubriendo la supuración, impide curar la herida;

(1) «Se ha visto alguno—escribe Mr. Ch. Bigot—que no ha podido graduarse de bachiller, hacerse periodista; encontró protección, y supo entender el negocio; no hace mucho tiempo que este individuo firmaba como Ministro de Instrucción pública los títulos que él no había podido obtener.»—*Les Classes dirigeantes.*

peor aun: es causa, no raras veces, que excita al delito. Los últimos procesos bancarios de Italia y Francia son prueba palmaria de cómo los hombres de Estado toman participación en los fraudes de la banca, ya para beneficiarse personalmente, ya para influir en las elecciones, ó ya también en Francia para combatir al *Boulangérismo*. Ser defraudador á favor del Estado, aun con perjuicio de sacrosantos intereses, no parece delito á la mayor parte de las gentes, del mismo modo que no lo parecia en la Edad Media el uso del veneno, cuando no sólo se adoptó como arma política por los Borgias, sino también como instrumento de l'ios en Venecia.

De favorecer á un periódico ó á un amigo con el dinero del Erario público (*dinero de todos, dinero de ninguno*), á favorecerse á sí mismo, no es grande el tránsito, razón por la que se intenta suplir la falta de talento y de méritos personales con la falta de honradez política.

Otro de los mayores males del parlamentarismo es la ilimitada irresponsabilidad que lleva en su seno (1).

No en todos los tiempos se cometen iguales delitos. En Roma, muchas de las más sanguinarias guerras no tuvieron otra causa que la desmedida avaricia de una

(1) Conviene hacer una distinción entre el *régimen parlamentario* y el *parlamentarismo*, palabras con las cuales se expresan distintos conceptos. Éste no es más que la práctica viciosa de aquél, produciéndose siempre que no haya armonía con la teoría científica; disconformidad que nace, según Azcárate, en la política como en todo, de dos causas: primera, del desconocimiento de la verdadera naturaleza de los principios y de sus lógicas consecuencias; y segunda, de la falta de buena voluntad para adoptar aquéllos y para llevar á cabo éstas. «De semejante estado de cosas—añade el citado autor—surge el descrédito del sistema de gobierno imperante, de lo cual se aprovechan los escépticos y los egoistas de un lado, y de otro, los enemigos de aquél, atentos á levantar y ensalzar el propio, poniendo á los partidarios del viciado y mixtificado en la necesidad de salir á su defensa, rectificando los errores que lo desnaturalizan y denunciando las corruptelas que lo fuercen y desvirtúan. Ahora bien: esto pasa con el *régimen parlamentario*, cuyo pleno desenvolvimiento constituye la aspiración fundamental de los pueblos cultos en nuestros días.»

pequeña aristocracia financiera: en Inglaterra, en Francia, era hace dos ó tres siglos un hecho normal que los primeros Ministros, y á veces el mismo rey, recibiesen pensiones de los Estados extranjeros; los Ministros y las queridas de los reyes acumulaban, en pocos años de gobierno ó de amores, enormes sumas, aun en medio de una miseria tan difundida, que llegaba hasta las mismas gradas del trono.

En el Gobierno despótico eran las concubinas ó los favoritos de los reyes los que se guardaban el dinero de los Bancos ó de los Panamá's; ahora van entrando, poco á poco, es verdad, pero van entrando en esa categoría (y el cambio no es mejor, seguramente), los diputados; porque una vez que se les considera, á semejanza del rey, inviolables, y aun más que al rey, irresponsables bajo el pretexto de que no son funcionarios públicos, y pudiendo además descender de su cargo é impunemente disfrutar el di-

nero del Estado hurtado mediante el público empleo, es natural que roben y gocen lo robado, con muy poco que se haya debilitado su sentido moral; y mientras, los pobres reyes decaen primero en la estimación pública, y concluyen por perder el trono, y acaso los bienes y la vida.

¡Pensar que entre las manos de hombres irresponsables, y casi inviolables, se dejan inmensos tesoros, sin el peligro de que se los vuelvan á recoger, y que después se pretende que no los toquen!

Y el mal es peor ahora que en tiempos pasados, porque los reyes son pocos, y los senadores y diputados, cuyas malas artes se premian á costa de las fatigas y trabajos de los más pobres, son muchos.

IDEAS ACERTADAS DE ALGUNOS ANARQUISTAS.— Después de esto, puede, no digo justificarse, pero sí explicarse, cómo ha surgido la anarquía; cómo ha nacido la idea de protesta de un alma sincera ó excitada, contra la mentira y la injusticia,

que, dominando soberanamente, humilla y menosprecia al honrado y al trabajador. Y ahora podremos comprender muchas frases de los anarquistas, que son tan legitimamente verdaderas como éstas de Merlin y Krapotkine:

»¿Cuál es la razón de ser del Estado?

»¿Por qué ha de abdicarse en las manos de algunos individuos la propia libertad, la propia iniciativa? ¿Por qué ha de otorgárseles la facultad de apoderarse, con ó contra la voluntad del mayor número, de las fuerzas de todos, y disponer de ellas á su capricho?

»¿Están tan excepcionalmente dotados esos pocos individuos, que puedan, con alguna apariencia de razón, sustituir á la masa y manejar los intereses, todos los intereses de los hombres, mejor que lo harían los mismos interesados? ¿Son infalibles é incorruptibles hasta el punto de poder fiar, con visos de prudencia, la suerte de todos á su sabiduría y su bondad?

»Y aun cuando existieran hombres de una bondad y una sabiduría infinita; aun cuando, por una hipótesis que jamás se realizó en la historia, ni se realizará en lo sucesivo, el poder gubernativo se confiara á los más capaces y á los mejores, no añadiría nada la posesión del gobierno á sus inclinaciones benéficas: antes bien, se paralizarían y distraerían por la necesidad en que habrían de hallarse los hombres que formarían el gobierno, de ocuparse de tantas y tantas cosas sin entenderlas, y, sobre todo, de emplear lo mejor de su energía en conservarse en el poder, en agradar á los amigos, en poner freno á los descontentos y en sujetar á los rebeldes.

»Y ahora, sean buenos ó malos, sabios ó incapaces los gobernantes, ¿quién los eleva al desempeño de las altas funciones? ¿Ó es que se imponen á sí mismos por derecho de guerra, de conquista ó de revolución? Y si es así, ¿qué garantía tiene el pueblo de que sus actos

han de inspirarse en la utilidad general?

»Se trata, pues, pura y simplemente de una usurpación, y á los oprimidos, á los descontentos no queda otro remedio que el empleo de la fuerza. Todas las teorías con que se pretende justificar la existencia del Estado, están fundadas en la idea de que es necesaria una fuerza superior que obligue á los unos á respetar los derechos de los otros.

»Acudamos á los hechos.

»En todo el curso de la historia, como en la época actual, el Gobierno, ó es el imperio brutal, violento y arbitrario de unos pocos sobre la masa, ó es un instrumento encaminado á asegurar el dominio y el privilegio de aquellos que, por la fuerza, por la astucia ó por la herencia, han acaparado todos los medios de vida, comenzando por los que proporciona el suelo, que ha pasado á servir, para tener al pueblo en irritante servidumbre ó para hacerle trabajar en provecho del propietario.

»De dos maneras se puede oprimir á los hombres: ó directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física; ó indirectamente, arrebatándoles los medios de subsistencia y reduciéndolos á la impotencia. El primero es el origen del poder, ó mejor dicho, del privilegio político; el segundo es el origen del poder ó privilegio económico.

»En primer lugar, no es cierto que al cambiar las condiciones sociales, cambiarían la naturaleza y las funciones del Estado. Órgano y función son dos términos inseparables. Privad á un órgano de su función, y, ó el órgano muere, ó la función se establece.

»Cread un ejército en un país en que ni amenace ni sea racional una guerra interior ó exterior y, ó se provoca la guerra, ó desaparecerá el ejército. Una policía que no tenga delitos que descubrir ni delincuentes que arrestar, inventará los delitos y los delincuentes, ó no seguirá vi-
viendo.

»En Francia existe, desde hace tiempo, una institución agregada hoy á la Administración de los montes, la *louveterie*, cuyos empleados no tienen otro cometido que el de procurar, por todos los medios posibles, la extinción de los lobos. Y nadie se maravillará, porque todos lo habrán comprendido, que tal oficina tiene por causa el gran número de lobos que en Francia hay, y que ocasionan considerables estragos en las estaciones rigurosas. El público se ocupa poco de los lobos, porque á los que les interesa es á los *loberos* que los cazan; pero los cazan *inteligentemente*, sin destruir la guarida y favoreciendo la reproducción, para no aniquilar una especie tan beneficiosa.

»Los campesinos franceses tienen poca confianza en estos cazalobos, y los han llegado á considerar como los conservadores de tales lobos. Y es evidente: ¿qué harían los empleados de la *louveterie* si se concluyesen los lobos?

»El Estado, que no es sino un número

de personas encargadas de hacer las leyes y autorizadas á servirse de la fuerza de todos para hacerse respetar de cada uno, constituye ya una clase privilegiada y distinta del pueblo, que tenderá, como todo cuerpo constituido, á extender sus atribuciones y á sustraerse de la influencia de los ciudadanos.

»Mas supongamos que el Estado no constituyera por sí una clase privilegiada y que pudiese vivir sin crear en torno suyo una nueva clase de privilegiados; hagámosle, si se quiere, el siervo de toda la sociedad. ¿Para que serviría aun así?

»Es un legado de toda la historia del hombre el creer, viviendo á pesar de las autoridades, que vive gracias á ellas. Estamos habituados á vivir bajo un Gobierno que acapara todas aquellas fuerzas, aquellas inteligencias, aquellas voluntades que pueden servirle para conseguir sus fines; que estorba, paraliza y suprime todas las que le son inútiles ú hostiles, y hemos llegado á imaginarnos que cuanto

se hace en la sociedad, se hace por obra del Gobierno, y que sin el Gobierno ni habría en ella fuerzas, ni habría inteligencias, ni habría buenas voluntades. Así (y ya lo hemos dicho), el propietario que se posesiona de la tierra, la hace cultivar para su particular provecho, dejando al trabajador lo estrictamente preciso para que viva y pueda continuar trabajando; y el esclavizado labrador se hace la ilusión de que no podría vivir sin el dueño, como si éste crease la tierra y las fuerzas ó agentes de la naturaleza.

»Las costumbres obedecen siempre á las necesidades y á los sentimientos de la mayoría; y son tanto más respetadas, cuanto menos sujetas están á la sanción de las leyes, porque no todos ven ó entienden la utilidad de éstas, y porque no abandonándose los interesados á la protección del Estado, las hacen respetar por sí mismos. Para una caravana que viaja por los desiertos del África, es cuestión de vida ó muerte economizar el

agua; ésta constituye una cosa casi sagrada, y nadie se permite derrocharla ó desperdiciarla. Los conspiradores tienen necesidad de guardar el secreto, y el secreto se guarda por todos, y si alguno le viola, cae sobre él la infamia.

»Las deudas del juego no están garantidas por las leyes; mas entre los jugadores se considera por todos, y por él mismo, deshonorado el que no paga.

»¿Acaso la policía es causa de que no se mate más de lo que hoy se mata? En la mayor parte de los Ayuntamientos de Italia no se ven los gendarmes sino de mucho en mucho tiempo; millones de hombres transitan por los bosques y por el campo, lejos de los tutelares ojos de la autoridad; de modo que podrían delinquir sin el menor peligro de ser castigados, y, sin embargo, no están menos seguros que los que viven en las más vigiladas ciudades. Y la estadística demuestra que el número de delitos apenas obedece al efecto de las medidas re-

presivas, al paso que varía rápidamente al cambiar las condiciones económicas y el estado de la opinión pública. (Debemos advertir aquí que la nueva escuela penal italiana ha sostenido ya, tiempo hace, por boca de E. Ferri, la poca eficacia de la pena; pero proponiendo seguidamente sustituirla y sostenerla con las medidas preventivas, sociales y legislativas, tales como las leyes del divorcio contra los adulterios, de los baños públicos contra la influencia del calor en los homicidios, etc.) (1).

(1) Ferri, en *Los nuevos horizontes del Derecho penal* (cuya tercera edición ha visto la luz con el título de *Sociología criminal*), desenvuelve su doctrina en la siguiente forma: «*Sustitutivos penales*, cuyo concepto se resume en que el legislador, estudiando la marcha de la actividad individual y social, investigando los orígenes, las condiciones, los efectos, llegue á conocer las leyes fisiológicas y sociológicas, para hacerse dueño de una gran parte de los factores criminales, con especialidad de los sociales, para influir de esta manera por modo indirecto, pero más seguro, sobre la marcha de la criminalidad. Lo que se reduce á decir que en las disposiciones legislativas, políticas, económicas, civi-

»..... La revolución contra el Gobierno y la propiedad industrial no creará fuerzas que no existen, pero dejará libre de obstáculos el campo social para que se desarrollen todas las energías y todas las capacidades existentes.»

Conclusión que en parte es verdadera. En un cierto tiempo (el ejemplo de Atenas lo demuestra), la menor acción concedida al Gobierno, y la mayor al individuo, hizo desarrollarse la individualidad, que luego no volvió á florecer, concluyendo el poderío de la multitud por aniquilarla y suprimirla casi del todo.

Hemos transcrito algunas ideas teóricas. En cuanto á los fines prácticos, helos

les, administrativas y penales, desde los más grandes institutos hasta el último particular, se dé al organismo social una organización tal, que la actividad humana sea dirigida de un modo continuo é indirecto por las vías no criminales, ofreciendo libre desahogo á las energías y á las necesidades individuales, chocando con ellas lo menos posible, y disminuyendo las tentaciones y las ocasiones de delinquir.»

aquí, según recientemente han sido resumidos (1):

1. Fundación de un dominio de clase, por *todos* los medios (este *todos* encubre el delito común).

2. Fundación de una sociedad libremente constituida y basada en la comunión de los bienes (retroceso á lo antiguo, absolutamente impracticable).

3. Organización perfecta de la producción.

4. Libre cambio de los productos equivalentes, realizado por medio de las mismas organizaciones productivas, con omisión de toda clase de intermediarios y sustractores de los beneficios.

5. Organización de la educación sobre bases científicas, no religiosas, igual para ambos sexos (dada la desigualdad de los dos sexos, ninguna legislación puede hacerla desaparecer).

(1) *Der Anarchismus und seine Frage. Enthüllungen aus dem Lager der Anarchisten.*—Berlin, 1890.

6. Relación de todos los asuntos públicos, mediante tratados libres de comunidades y sociedades federalmente constituidas.

CRÍTICA DE LA TEORÍA ANARQUISTA.—SU ABSURDO.—Ninguno ó muy poquísimo de los anteriores fines son realizables; mas no todos son absurdos; por ejemplo, no lo es el conceder mayor importancia al individuo que la que hoy tiene, ni lo es tampoco la crítica de los inútiles sistemas de represión. Mas habiendo tomado parte en esta latente cuestión á ratos Dios y á ratos el Diablo, todo el edificio anarquista flaquea en su base y en sus aplicaciones. No me asustaría yo, seguramente, cuando Krapotkine afirma de un modo serio la necesidad de volver al comunismo antiguo, si al mismo tiempo enseñara el medio de realizar la vuelta; mas él mismo aconseja ingenuamente á los autores que sean á la vez editores é impresores de sus propios libros, en oposición abierta con la mo-

derna doctrina de la división del trabajo, que ninguna teoría podrá destruir; y en fin, aunque otra cosa no hiciera, aconseja que se deje al pueblo en libertad completa de distribuir sus funciones, de arrojarse sobre el *montón*, como lo haría una manada de lobos sobre su presa, sin ocurrirsele que, al igual de éstos, cuando faltase la presa se devorarían unos á otros; y que si la colectividad resulta dañosa, es tan sólo porque al unirse los individuos, sus vicios y sus defectos se multiplican en vez de disminuir.

Cuando esta colectividad estuviera compuesta, no por pequeños grupos, como las sociedades, el Jurado, etc., sino por la masa toda del pueblo, sería cien veces más peligrosa, cien veces más criminal, y sofocaría, no á fuego lento, sino de un golpe, esta individualidad tan menospreciada por nuestras instituciones, y tan encarecida y considerada, justamente en verdad, por los anarquistas.

Es una observación sancionada por

antiguo proverbio, que tanto menos justa y sabia es la deliberación, cuanto mayor es el número de los deliberantes, porque todo el sedimento de añejos errores y vicios que se corrigen y doman á fuerza de cultura en el individuo, pululan y se convierten en activo veneno en las asambleas. Esto era lo que significaba el antiguo proverbio: *Senatores boni viri, Senatus mala bestia*; y tan es así, que la bondad de las asambleas está en razón inversa del número de los que las forman (1).

Y si ocurre hasta tratándose de intereses pecuniarios, que son los más arraigados en el hombre, que una asamblea se equivoca casi siempre, ¿qué no sucederá respecto á los intereses que no tocan personalmente á ninguno, como son

(1) Decía en este sentido Franklin: «Reunid cierto número de hombres para aprovecharos de su sabiduría, y congregaréis inevitablemente con todos ellos sus prejuicios, sus pasiones, sus falsas ideas, sus intereses locales y su egoísmo.»

los políticos ó los administrativos? A este propósito recordamos otro antiguo aforismo, muy cierto también, que dice: «Dinero de todos, dinero de ninguno.» Observaba Moltke con gran verdad, que una asamblea parlamentaria, á cada uno de cuyos miembros corresponde una quincuagésima ó una centésima parte de responsabilidad, obrando por esta razón irreflexiva y ligeramente, se deja arrastrar más fácilmente á una guerra que un Soberano ó un Ministro.

Por otra parte, cualquier proposición útil ó beneficiosa procedente del anarquismo, lleva en sí la condición de ser inaplicable y absurda, porque, según he demostrado en mi *Delitto politico*, toda reforma ha de introducirse en un país muy lentamente, pues de lo contrario provocará una reacción que inutilice todo trabajo anteriormente realizado; el odio á lo nuevo está tan posesionado del hombre, que todo esfuerzo violento dirigido contra el orden establecido, contra

lo *tradicional*, es un delito, porque hiere y contradice la opinión de la mayoría; y aun cuando ese esfuerzo constituye una necesidad para la oprimida minoría, sería siempre considerado como un delito de *lesa sociedad*, y casi siempre resultaría inútil, porque surgiría al momento una potente reacción en sentido retrógrado.

Mas al punto en que el delito político se confunde con el delito común, es cuando estos soñadores del campo teórico, de libre acceso á todo el que tenga una mente sana, pretenden descender á la práctica, aceptando para realizar su fin el empleo de *todos los medios*, aun el hurto y el asesinato, creyendo obtener con la matanza de unos pocos, siempre víctimas inocentes que provocan una violenta reacción en todos, las adhesiones que los opúsculos y la propaganda oral no consiguió atraer. Aquí el delito y el absurdo se confunden y se multiplican; y si realizado alguno de los fines resulta opuesto á las predicciones, se

despierta contra los profetizadores la indignación de la masa y el disgusto de las clases elevadas; son como ciertos golpes demasiado audaces de impaciente marino, que alejan, tal vez para siempre, de la ribera el débil esquife por no acercarle poco á poco.

REVOLUCIÓN Y REBELIÓN.—Y aquí aparece clara la distinción entre las revoluciones propiamente dichas, que son un efecto lento, preparado y necesario, aun surgiendo del más precipitado y neurótico genio, ó de cualquier accidente histórico, y las rebeliones ó sediciones, frutos de una incubación artificial á una exagerada temperatura, de embriones predestinados á morir.

La revolución es la expresión histórica de la evolución (1), y su desarrollo lento,

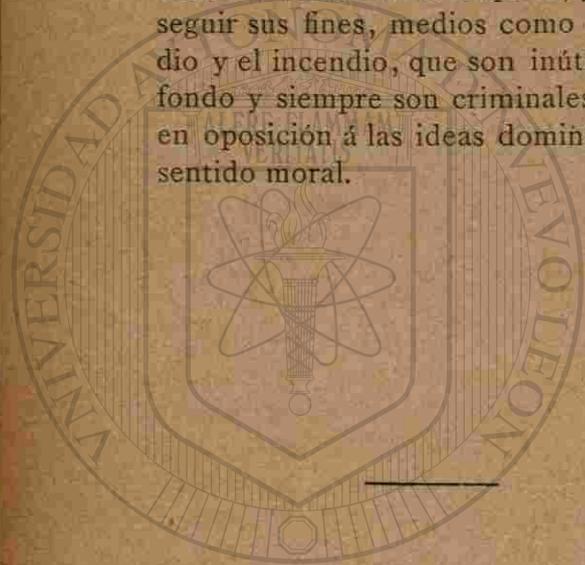
(1) Afirma Reclus que la primera no es diametralmente opuesta á la última, como piensa mucha gente, sino su complemento y fruto. «La revolución, según él, sucede á la evolución, como el acto sucede á la voluntad de obrar; en el fondo son una misma cosa, y sólo

graduado, ofrece una garantía para el éxito, y se hace siempre más extenso y general, inspirado directamente—como está—por hombres geniales ó apasionados, y no por criminales natos. (Véase mi *Delitto politico e la rivoluzioni*, partes 1.^a y 3.^a)

Las sediciones, por el contrario, obedecen á superficiales y efímeras causas, frecuentemente locales ó personales; casi siempre nacen en los pueblos poco civilizados, como en Santo Domingo, en las repúblicas de la Edad Media y en las de la América meridional; son sus agentes delincuentes y locos, impulsados por su morbosidad á pensar y á sentir de distinto modo que los honrados y los sanos, y que después, impulsados por su naturaleza, no sienten el temor que otros

difieren en la época de su aparición. De creer en el progreso normal de las ideas, y, por otra parte, reconocer que han de producirse ciertas resistencias, queda probado por este hecho la necesidad de sacudidas exteriores que cambien la faz de las sociedades.»

hombres sentirían de emplear, para conseguir sus fines, medios como el regicidio y el incendio, que son inútiles en el fondo y siempre son criminales, y están en oposición á las ideas dominantes del sentido moral.



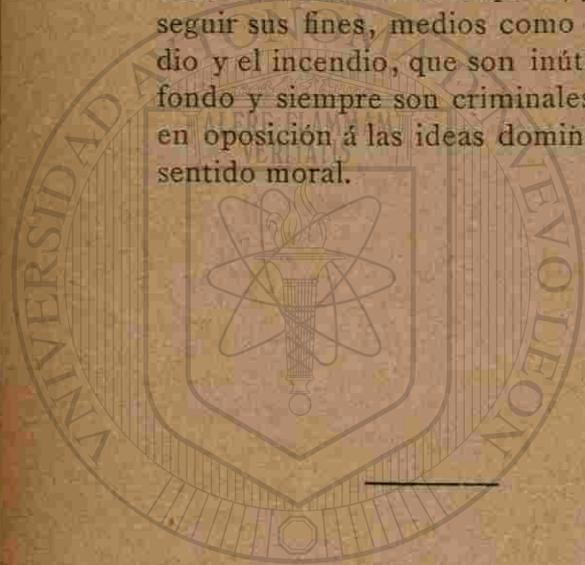
CAPÍTULO II.

Criminalidad de los anarquistas.

De aquí que sean los autores más activos de la idea anárquica (salvo poquísimas excepciones, como Ibsem, Reclus y Krapotkine), locos ó criminales, y muchas veces ambas cosas á la vez.

Una prueba clarísima de esto se tiene examinando el cuadro fisionómico, unido á mi *Delitto politico*, en el que se ve que los regicidas, tales como Feniani, y los anarquistas, tienen perfecto tipo criminal, ya se trate de Kammerer, Reinsdorff, Riel, Hodel, Stellmacher, Brady, Fitzharris, ó ya de aquellos locos criminales del 89 en Francia, como Ma-

hombres sentirían de emplear, para conseguir sus fines, medios como el regicidio y el incendio, que son inútiles en el fondo y siempre son criminales, y están en oposición á las ideas dominantes del sentido moral.



CAPÍTULO II.

Criminalidad de los anarquistas.

De aquí que sean los autores más activos de la idea anárquica (salvo poquísimas excepciones, como Ibsem, Reclus y Krapotkine), locos ó criminales, y muchas veces ambas cosas á la vez.

Una prueba clarísima de esto se tiene examinando el cuadro fisionómico, unido á mi *Delitto politico*, en el que se ve que los regicidas, tales como Feniani, y los anarquistas, tienen perfecto tipo criminal, ya se trate de Kammerer, Reinsdorff, Riel, Hodel, Stellmacher, Brady, Fitzharris, ó ya de aquellos locos criminales del 89 en Francia, como Ma-

rat—en tanto que los verdaderos revolucionarios, como Corday, Mirabeau, Cavour, y la mayor parte de los nihilistas, Ossinski, la Sassutiel, Solowief, Ubanoba, presentan un tipo completamntee normal y á veces más bello (1).

Un juez, el egregio abogado Spingardi, quien me ha proporcionado gran número de datos para este estudio, me decía: «No he visto todavía un anarquista que no sea imperfecto ó jorobado, ni he visto ninguno cuya cara sea simétrica.»

Entre los habitantes de Paris se encuentra el tipo criminal en un 12 por 100; entre 41 anarquistas de la misma capital, se encuentra en el 31 por 100; entre 43 anarquistas de Chicago, existe en un 40 por 100; entre 100 de Turin, en el 34 por 100; en tanto que, entre 320 de nuestros revolucionarios, el tipo se reduce á 0,57 por 100, es decir, menos que entre

(1) Véase LOMBROSO é LASCHI, *Delitto politico*.—Turin, Bocca, 1890.

los hombres normales (2 por 100), y entre los nihilistas rusos, á 6,7 por 100.

JERGA.—Y el que los anarquistas son criminales, lo demuestra el uso extendido entre ellos de la jerga, y en especial la de los delincuentes (1).

Basta leer, para convencerse de esto,

(1) Jerga, jerigonza, bribia ó briba, germanía, caló, hampa, argot, etc., son todos nombres con que se designa el lenguaje propio de los ladrones, de la gente de mal vivir, de los gitanos, vagos y ruñanes, y en general de todos los que se agitan en la corrompida atmósfera del delito. Estos seres desgraciados, como ha hecho observar Lombroso, hablan de otra manera distinta de los hombres normales, porque sienten de otra manera distinta que ellos; hablan como los salvajes, porque son los salvajes vivientes en medio de la grandiosa civilización de Europa, usando con frecuencia, como los salvajes mismos, la onomatopeya (figura retórica que se emplea para dar nombre á una cosa por el sonido que tiene), la personificación de los objetos abstractos.

En nuestro país se ha publicado recientemente un curioso Diccionario de la bribia española, por D. Luis de Moya y Jiménez, juez de instrucción y académico profesor de la Real de Jurisprudencia y Legislación. Aparece como apéndice á la versión castellana de la exposición popular de Alejandro Liroy, *La Nuova Escuela penal*.

la colección de sus canciones, y su periódico favorito, el *Père Peinard*.

Entre ellos, á los *compagnons* se les llama *copains*, y á los *camerati propagandisti, trimardeurs* de *trimard* (1).

Por último, en los avisos de sus abonados y suscriptores adoptan la jerga *reçu galette*. «*Reçu 4 balles pour la propagande.*» (Véase *Père Peinard* y *Révolte*.)

TATUAJE — No les falta ya otro signo que el tatuaje, de entre los que se dan frecuentemente en los criminales natos. En los movimientos anarquistas de Londres de 1888 observó un testigo ocular el gran número que había de tatuados, ó lo que es lo mismo, de criminales.

«Tienen—escribía dicho testigo—corazones, calaveras y huesos cruzados sobre el dorso de la mano, y también áncoras y bordados repartidos por toda la piel.»

(1) Transcribimos estas palabras tal como están en el original italiano, por su imposible traducción.

Yo he visto una corona de laurel dibujada sobre la frente de un joven, y sobre la de otro la siguiente divisa: *Y love you* (Yo la amo) (1).

SENTIDO ÉTICO.—Si su criminalidad no se dedujera de los anteriores indicios,

(1) La importancia que el autor concede al tatuaje no es reconocida por todos los positivistas italianos. Marro, en su obra sobre *Los Caracteres de los delincuentes*, sostiene que el espíritu de imitación, vanidad y ociosidad, son las razones que impelen á los delincuentes para pintarse. «En ciertos santuarios—escribe—existen artistas especiales, que practican la operación de pintar dichas figuras sobre los devotos que desean llevar encima de su cuerpo una marca ó huella religiosa propia para recordarles su peregrinación, y teniendo para algunos un valor particular y el poder de un talismán. Á bordo de los buques está muy en boga la acción de pintarse del modo dicho, representando con la mayor frecuencia instrumentos de marina, particularmente áncoras. Existe igualmente este uso ó costumbre en los talleres, sobre todo en las villas manufactureras de Francia, y en los cuarteles, y tiene un carácter profesional, llevando grabadas las herramientas y los instrumentos del oficio, entre los obreros; armas, caballos, etc., entre los militares; en éstos reviste algunas veces un carácter heroico ó histórico, y representa los nombres ó las figuras de personajes célebres ó de héroes de novela en moda.»

resulta claramente demostrada por la falta general de sentido moral, falta por la que les parece sencillísimo el robo, el asesinato y todos los crímenes que á los demás parecen horribles (1).

Se de un anarquista á quien se objetaba que en Italia se habían siempre resistido los campesinos á aceptar la teoría anticonservadora. «;Oh, es porque allí aun no hemos obrado, pues una buena bomba los meterá en cintura!», contestaba. Los hombres á quienes parece lícito el uso de la bomba contra ciudadanos

(1) No es esto solo, sino que creen tener los que carecen de dicho sentido moral, como dice el mismo Lombroso en *L'Uomo delinquente*, derecho para robar y para matar, y tachan á los demás de dejárselo hacer, acabando por atribuir un mérito al delito. «Los asesinos—escribe el profesor italiano—especialmente por venganza, creen hacer una acción honrada, y á veces hasta heroica, cuando emplean la traición con su víctima. Se habla á menudo de los remordimientos frecuentes del criminal, y hasta hace algunos años los sistemas penitenciarios tenían por base el arrepentimiento de los culpables. Pero el que trata un poco á estos miserables, adquiere pronto la convicción de que de ninguna manera tienen remordimiento.»

inermes en los teatros y en los hoteles, sin otra culpa que la de ser burgueses, se convierten en una especie de ametralladora dirigida contra los disidentes, que son..... casi todos los hombres honrados.

LIRISMO.—Otra prueba de su tendencia á la criminalidad es el uso de aquellos cínicos lirismos, escritos en jerga, que tan comunes son á los verdaderos criminales natos, llegando á tener un Parnaso entero. Consúltense á este propósito *Le coulisses de l'anarchie*, por Flor O'squard, 1882; *Les ramages du beffrois révolutionnaire*, 1890; P. Paillette, *Tablettes d'un lézard*, 1893; Louise Quitrine, *Ronde pour récréations enfantines*.

He aquí algunos clásicos ejemplares (1):

Nos pères jadis ont dansé
Au son du canon du passé!

(1) Copiamos los versos en francés, según están en el original italiano.

Maintenant la danse tragique
Demande plus forte musique.
Dynamitons, dynamitons !

REFRAIN.

Dame dynamite, que l'on danse vite,
Dansons et chantons !
Dame dynamite, que l'on danse vite !
Dansons et chantons et dynamitons !

Le gaz est aussi de la fête
Si vous résistez, mes agneaux,
Au beau milieu de la tempête
Je fais éclater ses boyaux.

Ma boutique est toute la France !
Mes succursales sont partout
Où la faim pousse à la vengeance ;
Prends ta bouteille et verse tout !

REFRAIN.

J'ai tout ce qu'il faut dans ma boutique,
Sans le tonnerre et les éclairs,
Pour wattriner toute la clique
Des affameurs de l'Univers.

En *Boulangère*, y á propósito del he-
cho de negar un pan una panadera á la
mendiga que se lo pide, canta ésta, que
es anarquista :

Pour rire les fillettes,
Et tin, tin, tin, sonnons le tocsin ;
Pour rire, les fillettes,
Chauffent le four à point, tin, tin.
Chauffent le four à point.

Si bien que la mégère
Et tin, tin, tin, sonnons le tocsin,
Si bien que la mégère
Fut cuite sans levain, tin, tin.
Fut cuite sans levain.

C'est pour apprendre aux riches,
Et tin, tin, tin, sonnons le tocsin ;
C'est pour apprendre aux riches
A nous faire crever d'faim, tin, tin.
A nous faire crever d'faim, tin, tin.

Concluiremos transcribiendo la can-
ción del P. *La Purge*, impresa por la Ju-
ventud anarquista del décimoquinto dis-
trito, y que es como sigue:

Je suis le vieux père La Purge,
Pharmacien de l'humanité.
Contre ta bile je m'insurge
Avec une fille Egalité.

Pendant que le peuple s'étiolo
Sur le pavé sans boulotter
Bourgeoisie, assez de ta fiolo !
Avec ma purge il faut compter.

J'ai des poignards, des faux, des piques,
Des revolvers et des flingots,
Pour attaquer les flancs iniques
Des Gallifets et des sergots.

J'ai du pétrole et de l'essence
Pour badigeonner les châteaux;
Des torches pour la circonstance
A porter au lieu de flambeaux.

J'ai du picrate de potasse,
Du nitre, du chlore à foison,
Pour enlever toute la crasse
Du palais et de la prison.

J'ai des pavés, j'ai de la poudre,
De la dynamite, oh! crénon!
Qui rivalisé avec la foudre
Pour vous enlever le ballon.

Es muy de notar también que casi todos sus héroes y protagonistas son criminales natos.

RAVACHOL. — Ravachol y Pini, por ejemplo, presentan los más completos caracteres del tipo del criminal nato, no ya tan sólo en sus fisonómicos rasgos, sino también en el hábito del crimen, en el placer del mal, en la absoluta ausencia

de sentido ético, en el odio invencible que sienten hacia la familia, en el desprecio de la vida humana.

Lo que más marcadamente se revela a primera vista en la fisonomía de Ravachol es la brutalidad. La cara, extraordinariamente irregular, se caracteriza por una grandísima stenocrotafia, por lo exagerado de los arcos supraciliares, por la desviación marcadísima de la nariz hacia la derecha, por las orejas en forma de asa y colocadas a diferentes alturas, y en fin, por la mandíbula inferior enormemente grande, cuadrada y muy saliente, que completa en esta cabeza los caracteres típicos de un delincuente nato.

A todo esto hay que añadir un defecto de pronunciación que muchos alienistas consideran como signo frecuente de degeneración. Su psicología corresponde en un todo a sus lesiones anatómicas.

Alumno de las escuelas elementales hasta los quince años, no pudo ni siquiera acabar de aprender el alfabeto, y luego

ha sido incapaz para todos los oficios que intentó abrazar.

Se convierte en vagabundo, roba y fabrica moneda falsa, desentierra un cadáver para despojarle de sus joyas, mata á un viejo ermitaño para apoderarse de su dinero, y, por último, en la misma época se dice, aunque no está legalmente probado, intentó matar á su madre y abusar ferozmente de su hermana.

Por no faltarle nada, no le falta tampoco la herencia morbosa: su abuelo (Konigstein) y su bisabuelo murieron en el patíbulo, acusados de incendiarios y salteadores en cuadrilla (1).

(1) Muy combatida ha sido la *ley de herencia*, pero hoy se impone como una verdad comprobada por la observación constante de los hechos. Sólo un rancio y exagerado apego á caducas teorías puede ser obstáculo para el desarrollo de principio tan firme y sólido como el en que descansa. Es verdad que, como dice Mosso, «lo más difícil que hay en el estudio del hombre, es el conocerlo cuando por vez primera aparece en el umbral de la vida; de sorprenderlo mientras se desata de los tejidos de la madre, como una célula que va á buscar el

PINI.—Otro ejemplo reciente de criminal nato anarquista, lo encontramos en Pini.

De treinta y siete años, es uno de los jefes de los anarquistas de París, hermano

contacto misterioso del elemento fecundador; de sorprender el instante en que la fuerza arcana, que contiene en sí potencialmente toda la historia de una existencia, se une á los elementos químicos que constituyen el germen; de conocer cuándo se despierta en el protoplasma del primer núcleo imperceptible la inquietud maravillosa que sólo terminará con la muerte»....—«En este pantano de átomos —añade— estamos nosotros: allí están ya dormidas nuestras pasiones: en esta cubierta blanca están escritos los caracteres indescifrables, los vínculos y la herencia que nos unen á nuestra familia y á las generaciones pasadas. Como del granito, apenas visible, que está en medio de una bellota saldrá una encina majestuosa, que dominará el bosque, así de este montón indistinto de células se formará un ser que representará en su microcosmo toda la historia del género humano, con sus sustos, con sus enfermedades, con sus instintos, con sus afectos, con sus odios, con sus vilezas y con sus grandiosidades. La terrible leyenda de las maldiciones que contaminaban la inocencia de los hijos aun no nacidos, las bendiciones que se lanzaban en el porvenir para que fecundasen á la generación futura, no son una fábula privada de sentido. El destino lega á cada uno de nosotros una herencia fatal».

de una loca, tiene poca barba, frente huida, exageradísimos arcos superciliares, mandíbulas enormes y orejas muy largas.

No tan sólo se jactaba de ser anarquista, sino de haber cometido robos (por más de 300.000 liras) para vengar á los oprimidos, contra los ricos, contra la burguesía, y llamaba á sus robos una *expropiación legítima á favor de los no propietarios*, teniendo un numeroso séquito de admiradores; en complicidad con Parmigiani intentó cometer dos asesinatos: uno contra el anarquista Ceretti, por sospechar que había delatado sus robos, que causaban horror á todos los anarquistas honrados, y otro contra Prampolini, uno de nuestros políticos más leales y sinceros, y que le había favorecido en distintas ocasiones, impulsado en su tentativa tan sólo por la idea de venganza, sugerida por una discusión sobre la teoría del anarquismo que con él había tenido.

LA CRIMINALIDAD Y LA POLÍTICA.— La historia ofrece numerosos ejemplos de

casos en que la criminalidad y la política se dan la mano, y en que tan pronto predomina ésta sobre aquélla, tan pronto aquélla sobre ésta.

Mientras Pompeyo tiene con él á todos los hombres honrados, como Catón, Bruto, Cicerón, etc.; Cesar, de más talento, mucho más genial, no tiene sino malvados entre sus partidarios: Antonio, un obsceno y un borracho; Curión, un quebrado; Clelio, un loco; Dolabella, que mata á su mujer á fuerza de tormentos y que quiere abolir todas las deudas, y á la cabeza de todos ellos, Catilina y Claudio.

En Grecia, los Kleftos, bandidos en tiempo de paz, fueron valerosísimos defensores de la independencia de su patria. En nuestros tiempos, mientras en 1860 el Papa y los Borbones se servían del bandolerismo contra el partido y las tropas nacionales, la guarnición de Sicilia se sublevó con Garibaldi, y la canalla de Nápoles ayudaba á los liberales. Triste alianza aun no extinguida, según

prueba el triste hecho de que se subleva dicha canalla durante el último período parlamentario, y aun dure hoy la sublevación, sin que se tenga esperanza de mejor fortuna.

Especialmente en los principios de las revoluciones y los levantamientos es cuando abundan los apasionados políticos; porque después, las más anormales y morbosas energías nacen en los indiferentes y los débiles, impulsándolos á cometer los más vandálicos actos por una verdadera epidemia contagiosa de imitación.

Hablando Chenu de las épocas revolucionarias anteriores á 1848, demuestra cómo la pasión política degeneró poco á poco en abierta tendencia al crimen, tratándose de algunos revolucionarios precursores de los actuales anarquistas, contando entre sus jefes, por ejemplo, á Coffineau, que tanto llegó á exagerar los principios comunistas, que concluyó por erigir en principio político

el robo: saqueaban las tiendas de los comerciantes, que, según ellos, estafaban á los parroquianos, aduciendo la excusa de que así restituían lo robado y provocaban descontentos, *que luego se unirían á la revolución*. Otros se dedicaban después al saqueo, á emitir billetes de Banco falsos; y llegaron hasta tal punto sus crímenes, que no solamente fueron rechazados por los verdaderos republicanos, sino que en 1847 se les condenó por los tribunales de justicia á infamantes penas.

En Inglaterra, durante las conspiraciones contra el Gobierno de Cromwell, se multiplicaron de un modo asombroso, alrededor de la ciudad, los bandidos y los ladrones, que se unían en cuadrillas, y encubriendo con la pasión política sus intenciones criminales, preguntaban á todo el que cogían si había ó no prestado juramento de fidelidad á la república, maltratándole ferozmente ó soltándole, según fuera su respuesta negativa ó afirmativa. Fué preciso recurrir para

reprimirlos á las tropas regulares, que no siempre vencieron en los diferentes encuentros y combates que con ellos tuvieron.

Aun los mismos mantenedores de la Revolución francesa constituían una cuadrilla de vagabundos, ladrones y asesinos. Mercier les califica diciendo que eran un ejército de más de 10.000 hombres, que arma en mano cercaban la ciudad, penetrando después en ella, y que cuando comienza la época del terror, presencian en masa todas las ejecuciones, como después presenciaron los fusilamientos de Tolón, y vieron las horcas de Nantes; y Meissner dice que el ejército de los Comités revolucionarios eran «asociaciones organizadas para cometer impunemente todo género de asesinatos, latrocinios y pillajes».

En 1790 fueron conducidos á la *Conciergerie* 490 reos, y en 1791 fueron conducidos 1.198. Los ladrones gritaban: «*Al nobile*», si arrestados; burlas al juez,

si condenados, y se masturbaban mientras estaban ante el tribunal.

Entretanto viene la *Commune* de París; y en aquella población, decepcionada en sus aspiraciones patrióticas, derrotada en deshonrosa batalla, víctima del hambre y del alcoholismo, no se sublevaron, salvo rarísimas excepciones, más que los criminales, los locos, los alcoholizados, etcétera, que se impusieron por las anormales circunstancias de la ciudad; una prueba del género de gente á que pertenecían los sublevados son los horrores cometidos con inermes é indefensos prisioneros, y los suplicios á que los sometieron, tales como el de hacerlos saltar el muro, apaleándoles durante el salto, y continuando los golpes á todas horas; el P. Bengy fué destrozado con 69 golpes de bayoneta (1).

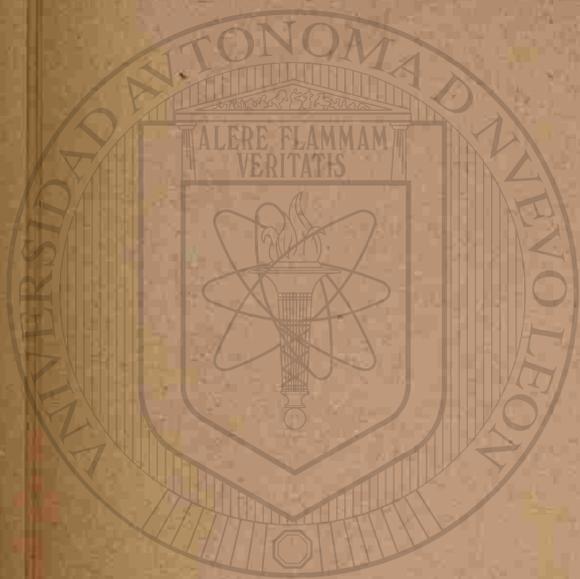
(1) Para darse cuenta de la sangre ferózmente derramada al ingreso de la plaza de Vendôme, y de las horribles matanzas de la Roquette, basta leer los documentos

No cesaron estas acciones criminales ni aun con las fuertes represiones de los tribunales de guerra: en el mismo París se renovaron durante la agitación anarquista de 1863, en la que, de 33 anarquistas arrestados, 13 estaban acusados de robo; y no mucho tiempo después se reprodujeron en Bélgica, en mayor escala, con los saqueos y devastaciones de los talleres de vidrio, entre cuyos promovedores, de 67 arrestados, se contaban 22 que habían cometido 10 muertes, y 26 condenados por robos y violaciones.

No necesitábamos, en verdad, recurrir á las cifras para probar nuestros asertos. Vemos entre nosotros mismos adoptar la nueva idea á gran número de hombres de ideas avanzadas (sin excluir á los que siguen la nueva escuela penal); pero los vemos también portarse en la vida

históricos sobre el principio y el fin de la *Commune*, publicados por el testigo presencial de tan trágicos sucesos, presbítero M. Lamazou.

pública, tal vez un poco exageradamente contra los clérigos, pero de una manera integra é intachable (hasta el punto de que yo he predicho su próximo arribo al poder mucho antes que los socialistas); y al mismo tiempo vemos improvisarse en todas las ciudades de Italia seudos tribunos que tienen la palabra fácil y el ingenio vulgar, como vulgar también y poco recta es su conciencia, y que disponen y abusan ilimitadamente de la buena fe de los campesinos; tanto, que hasta entre nosotros el *politician* es sinónimo de bribón, ó por lo menos de intrigante.



CAPÍTULO III.

Epilepsia é histerismo.

La conexión constante de la criminalidad congénita con la epilepsia (1) ex-

(1) Véase *L'Uomo delinquente*, vol. II, parte 1.^a— Véase también *Delitto politico*, de LOMBROSO y LASCHI, parte 3.^a

Lombroso afirma que la epilepsia no es otra cosa que una descarga ó alivio de ciertos centros corticales irritados. Los trabajos de los fisiólogos modernos han puesto de manifiesto que la fenomenología epiléptica no es más que un efecto de la irritación de las zonas motrices de la envoltura cerebral; así como la alucinación es el resultado de la excitación de los centros sensoriales, la pérdida de la conciencia, el impulso criminal es una descarga de los centros psíquicos superiores, de los lóbulos anteriores. «Un acceso epiléptico— dice también el ilustre criminalista— no es más que una descarga rápida y excesiva de la materia gris, que, en

plica la frecuencia con que se da en los reos políticos lo que pudiéramos llamar *epilepsia é histerismo políticos*.

La vanidad, el misticismo ó exagerada religiosidad, las alucinaciones vivísimas y muy frecuentes, la megalomanía y la genialidad intermitente, unidas á la acometividad propia de los epilépticos y los histéricos, son atributos comunes á los innovadores políticos y religiosos.

«No puede nadie poner en duda—escribe á este propósito Maudsley,—exceptuando los creyentes, que Mahoma debió á un ataque epiléptico su primera visión ó revelación, y que, engañado ó engaña-

lugar de desarrollar su fuerza gradualmente, estalla por completo y de repente por la causa misma de su estado de *distrofia*..... Por la excitación del mismo centro cortical se pueden tener diversas formas de epilepsia. Tendremos, pues, la forma convulsiva, si hay descarga de la zona motriz epileptógena; impulso criminal, cuando la irritación y la descarga se limitan á las circunvoluciones frontales, y todavía peor, si tanto la una como el otro se producen juntamente.» Véanse las actas del primer Congreso de Antropología criminal, páginas 269 y 270.

dor, fué su enfermedad la que le dió el título de inspirado del cielo.»

Yo he citado á un tal R. E. (*Uomo delinquente*, vol. II), abortador, estafador y loco epiléptico, que escribía: «Concluyo asegurando que jamás tuve ambición de gobernar un Estado; mas si en cualquier momento el sufragio del pueblo me llevase al Gobierno, comenzaría desde el primer momento por reformar de abajo arriba la Magistratura.»

En *L'Uomo di genio* hablo también de un epiléptico, estafador, parricida, estuproador y vengativo, poeta no desposeído de mérito, que predicaba una nueva religión, cuyo primer rito era el estupro, y que intentó poner en práctica en las poblaciones que recorría, entre ataques epilépticos.

Otro epiléptico y ladrón quería organizar una expedición á la Nueva Guinea para descubrir isla, con cuyos productos mantendría á Conncapieller; se empeñaba en que le nombraran diputado

para cambiar todas las leyes vigentes é introducir el sufragio universal.

El Lanthier del *Germinial*, de Zola, descendía de alcoholizados y degenerados, y de aquí su facilidad para emborracharse al tercer vaso de vino, y su deseo poderoso de matar, que le llevaba en ocasiones á convertirse en vengador de la sociedad. Sólo cuando estaba borracho tenía la *manía de comerse un hombre*.

Zola, sin adivinarlo, ha presentado un caso de epilepsia política.

Pero el más característico caso lo he descubierto en un joven castigado por ocioso y vagabundo, de frente huida y tacto casi nulo, que al preguntarle si le interesaba ó preocupaba la política, me contestaba, atrozmente demudado: «No me la nombre, porque ella es mi desventura; cuando, ocupado en el trabajo de barnizador, acude á mi mente la idea de la reforma política, y de ella hablo con mis compañeros, me atacan vértigos,

pierdo la vista y caigo sin sentido á tierra.» Y á continuación exponía todo un sistema de reformas prehistóricas: supresión de la moneda, de las escuelas, del vestido; cambio del trabajo de cada uno por el de los demás, etc., etc. En estas lucubraciones consumíase su vida; y en suma, estaba atacado de una verdadera epilepsia política. Las convicciones y la voluntad no le faltaban, mas le faltaba la decisión, el carácter. Dadas estas condiciones, es seguro que en una época propicia de la vida de un pueblo, hubiera podido ser un reformador de las leyes y las instituciones, sin que nadie hubiera notado su criminalidad y su epilepsia (1).

(1) Véase la *Seconda centuria di criminali*, 1885.— F. A., de treinta y siete años, piemontés, su padre loco y su madre muerta de tisis, un hermano lipemaniaco, de profesión barnizador, 1,72 metros de estatura, 71 kilogramos de peso, con dos cicatrices en el occipucio, y una herida en el cuello, causada en una tentativa de suicidio; cráneo braquicéfalo, índice 88, cap. cr. 1 602, frente huida, ojos extraviados, orejas en forma de asa, zurdo y de obtusa sensibilidad, dando en la narria de

Al llegar aquí recordamos que entre los 15 anarquistas arrestados en Nápoles, el más fanático, el tipógrafo Felico, acusado doce veces de asesinato frustrado, huelguista y difamador, es epiléptico.

Dubois-Reymond un dolor de 55 á derecha y 60 á siniestra; estesiómetro, 3,1 á derecha, 2,2 á siniestra; reflejos rotúleos exagerados; dinamómetro, 30 á siniestra, 34 á derecha; ligera depresión en el hombro derecho; bradifasia; de sentimientos afectivos normales; muy amante de la mujer; poco religioso; incapaz de leer periódicos, porque la lectura le produce vahidos y cefalea; propenso á vértigos, que á menudo le hacen caer por tierra. Á los trece años muy dado á la masturbación; á los diez y seis comenzó á frecuentar los lupanares.

Fue condenado por embriaguez primeramente; después por hurto de dos liras á su patrón, que se gastó en bebidas, y no cree que delinquirió, porque le daban un mezquino salario.

Interrogado sobre la índole de sus reformas, contesta: «Nadie debe tener dinero, todos deben trabajar muy poco; atender á las necesidades por el cambio de productos; supresión de todo vestido, excepto un pañuelo para cubrir las partes genitales; supresión de toda ley; habitar en cabañas ó chozas.» Quiere la absoluta libertad de matrimonio, ó mejor, de concubinato con cualquier mujer; abolición de las escuelas y de los sacerdotes,

Es muy probable que pertenezcan á este género el M....., estudiado por Zuccarelli, y Caserio; está comprobado que el padre de este último era epiléptico.

MONGES.—Ignacio Monges, de treinta y ocho años, arrojó una piedra robada, á lo que parece, en un museo, contra el general Rocha, Presidente de la República Argentina, hiriéndole gravemente en la cabeza. Tiene estatura regular (1,67), constitución vigorosa, temperamento neuropático, cutis moreno, pelo abundante, negro y ligeramente crespo; barba negra, y ojos también negros, aunque algo más claros; frente ancha y huida; cráneo medianamente desarrollado, braquicéfalo ligeramente oblicuo, con plagiocefalia izquierda anterior; cara lar-

valiéndose para suprimirlos del fusilamiento, mas respetando á todo el que quisiera trabajar. Después, contradiciéndose, quiere que quedara uno por cada parroquia; á los señores despojarles de sus bienes y obligarles á trabajar para mantenerse. «Todo esto—concluía diciendo—es de tiempos pasados, y yo quiero restablecerlo.» (*Archivio di psich*, 1889.)

ga, cigomos prominentes, boca grande, labios gruesos y vueltos hacia fuera; algunas cicatrices antiguas en la cara, dos de ellas causadas en caídas por los ataques epilépticos.

Su sueño es corto y alterado por ensueños tristes y espantosos. Pulso fuerte y frecuente; sistema muscular bien desarrollado, aunque ligeramente tembloroso. La fuerza, medida en el dinamómetro, ha dado 70 kilogramos para la mano derecha y 150 para la izquierda; es zurdo, y posee una fuerza muy notable. La piel es poco sensible; no tiene alucinaciones ni ilusionismos.

Respecto á su vida, cuenta él mismo lo que sigue: ha nacido en la provincia de Corriente, y es hijo natural; conoce al padre y á un hijo de éste que tiene diez y ocho años; los dos están perfectamente sanos. A los quince años entró en un colegio, donde recibió una educación elemental; tomó parte en todos los movimientos revolucionarios de su país,

mostrándose apasionadísimo por su partido, hasta 1874, en que le prendieron y fué desterrado. Se trasladó al Uruguay, donde fué despojado en negocio por las autoridades brasileñas, y en esta ocasión se resistió á la fuerza armada, hiriendo buen número de militares y resultando él herido en la frente; después se presentó al Ministro de Negocios extranjeros pidiéndole reparación. Desde aquel momento abandonó con mucha frecuencia sus ocupaciones, por los frecuentes accesos epilépticos que le atacaron á los veinte años, después de una caída que le ocasionó una herida en la cabeza.

Preguntado por los móviles de su atentado, dice que no le impulsó ninguna idea criminal preconcebida; estaba presenciando la apertura de la Cámara, y excitado por el espectáculo de las tropas formadas, hizo grandes esfuerzos para penetrar dentro, logrando hacerlo; al ver entrar al general Rocha concibió la idea de matarle: al preguntársele si sin-

tió el impulso criminal antes ó después de ver á la víctima, se pone furioso é irascible.

Es de humor melancólico, hipocondriaco. A los pocos meses de estar en la cárcel pegó de puñetazos á un preso, tirándole al suelo; ahora le dan algunos ataques convulsivos, manifestándose su ira en una manía impulsiva.

VAILLANT.—Vamos á estudiar ahora, entre los histéricos, el caso más recientemente sucedido: el de Vaillant. Al contrario de Pini y Ravachol, Vaillant no tenía ningún rasgo de criminal en la fisonomía, como no le tenía Henry, salvo, sin embargo, las orejas exageradamente grandes y en forma de asa; pero Vaillant era histérico, y esto está probado por su gran sensibilidad hipnótica, tan extraordinaria, que le hace caer en profunda catalepsia apenas alguien le mira con fijeza.

El odio natural de los partidos, y la tendencia de los procuradores á recargar

las tintas, le han pintado como un vulgar malhechor; mas para mí es un hombre desequilibrado, con algunos levisimos indicios de criminalidad en la infancia y en la juventud, pero que es más bien un apasionado fanático que un nato delincuente.

En cuanto á herencia, no conozco más que su origen inmediato: es hijo de un amor culpable y de padres degenerados y viciosos.

Otra causa modificativa de su carácter es el infortunio, que le ha perseguido, y lo infeliz de su vida. Educado en la estrechez y hasta en la miseria, tuvo más tarde que sacar del oficio de zapatero lo preciso para vivir, y se hizo desde entonces un *revolté*. Después abandonó el taller de zapatería, y fué sucesivamente peletero, *courtier d'épicerie*, y maestro de francés.

Siempre estuvo pobre, y fué impulsado á obrar por la miseria, ó á lo menos por la desproporción entre su situación y la

que ambicionaba; entre su estado y la muerte, prefería ésta. Él lo confiesa:

«Pourquoi avez-vous faits cela?

»La société m'a forcé à le faire. J'étais dans une situation misérable. J'avais faim. Je ne regrette qu'une chose: *ma gausse*. Mais c'est égal, je suis content, et on fera bien de me guillotiner; je recommencerais dans huit jours.»

La gran movilidad y la inestabilidad propias de los histéricos se demuestran en Vaillant, lo mismo por los frecuentes cambios de oficio, que por la variación operada en sus convicciones. Estuvo educado por sacerdotes, y de fanático religioso tornóse fanático socialista. Más tarde, cuando no pudo formar entre los socialistas, convirtiéndose al anarquismo. Mas lo que en él domina, sobre todo, es la vanidad. El grafólogo que mire su firma se convence al punto de que la vanidad, el orgullo y aun la indomable energía, son las notas dominantes de su carácter; su gran T y su escritura ascen-

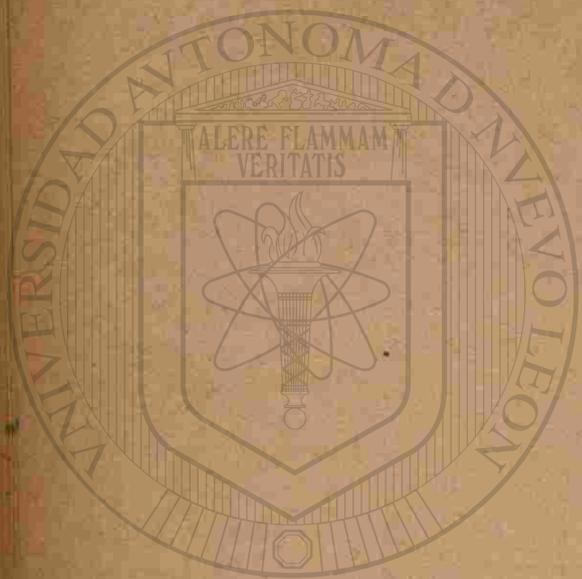
dente son elocuentes pruebas de ello (1).

Sin esperanza de reformar el mundo con un libro, cree poderle cambiar con una bomba arrojada en el Parlamento; y antes del golpe corre á retratarse, y distribuye los retratos allí donde puede, y apenas le arrestan, está anhelando que los periódicos reproduzcan su fisonomía (2).

Siempre fué exagerada y apasionadamente altruísta, como se ve en un discurso suyo, del que reproduciremos más adelante un fragmento.

(1) La ciencia grafológica, ideada por el abate Michon, y desenvuelta más tarde por Crepiense Jamin, Alejandro Dubois y otros, ha alcanzado en estos últimos tiempos un considerable desarrollo, con las muy curiosas observaciones hechas por distinguidos adeptos. Recomendamos, entre otros, la lectura del interesante libro de la Srta. Sara Oquendo (*Arsene Aruss*), titulado: *La grafología simplificada: arte de conocer el carácter de las personas por su letra: teoría y práctica*.

(2) *Revue des Revues*, 15 Febrero 1894.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV.

Locos.

No faltan tampoco los impulsados á obrar por la locura; tales fueron Nicolás de Rienzo, en el Canadá, y Riel (1).

M. Du Camp y Laborde recuerdan á Gaillard, hidrocéfalo, zapatero de oficio, director general de las barricadas, y hasta tal punto exaltado y delirante, que se entretenía en hacer barricadas con zapatos, panecillos, fichas de dominó; en fin, con cuanto llegaba á sus manos, y luego se constituía en defensor de ellas.

Hoy mismo cuenta el actual partido

(1) Véase *L'Uomo di genio*, parte 4.^a.

anarquista entre sus afiliados con no pocas anomalías.

Y no están fuera de éstas los locos políticos que obran aislada y espontáneamente, atentando contra el jefe del Gobierno, y que son casi siempre un eco de indignación por la suerte de los partidos ó por las condiciones políticas ó religiosas de su tiempo.

Así es, por ejemplo, que cuando en Francia se enardecieron las luchas religiosas con Enrique III, Châtel atenta á la vida de éste; y Châtel era un loco que, después de confesar su delito, dice que la muerte del enemigo de la religión calmaba su conciencia, turbada por incestuosa idea contra su hermana y por irresistibles impulsos homicidas.

Al preguntarle que dónde había aprendido esa nueva teología que aconsejaba el asesinato, contestaba que la había deducido de las más altas ideas filosóficas; al registrarle se le encontraron tres billetes con el anagrama del Rey, y nueve

folletos en que hacía la confesión de sus pecados, redactada en la forma preceptiva del Decálogo.

El fanatismo religioso fué también aparentemente una de las causas que armaron la mano de Ravaillac contra Enrique IV; mas en el fondo, la causa no fué otra que el delirio de persecución.

Expulsado de un monasterio por *debilidad del cerebro*, y preso después por una falsa delación, según parece, tiene visiones, en las que se cree elegido para hacer cumplir la voluntad divina, que le impulsan á matar al Rey, por creer que los ejércitos de éste tenían orden de combatir al Papa.

Los mismos jueces que le interrogaron después de cometido el delito, le juzgaron, según refiere Mathieu, no como un miserable, sino como un *loco de carácter melancólico*, juicio que no impidió que fuera sometido á un horrible suplicio, que él sufrió con entereza por su convencimiento de que el pueblo le estaría

grandemente agradecido por el golpe que había dado.

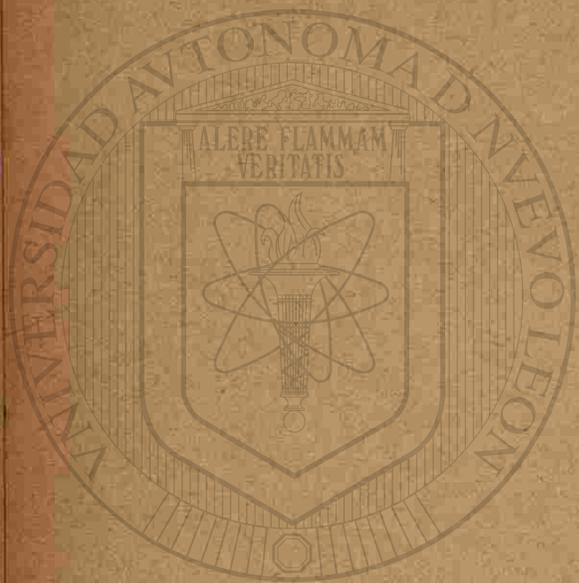
Es un hecho notable que, al prenderle, se le encontraron gran número de escritos, y entre ellos una poesía alusiva á los conducidos al suplicio, escrita con no poco estudio, y seguramente para darla á conocer, pues las palabras que á su juicio retrataban de más enérgica manera y más fielmente el estado de ánimo del reo próximo á ser ejecutado, estaban escritas con mayor esmero y en letra distinta que el resto de la poesía, prueba inequívoca de la tendencia grafómana, confirmada, además, por la existencia de otra infinidad de escritos. Ravillac es una reproducción de cuanto se observó en Guiteau, y se le parece hasta en el detalle de decir que realizó el atentado por compasión hacia la Reina, del mismo modo que Guiteau perpetró el suyo por consideración á la mujer de Garfield, que le acompañaba en el momento de efectuarle, y por considerarse también

elegido por la voluntad divina para cumplir sus altos designios.

El despotismo y el general descontento no fueron extraños en Inglaterra á los atentados contra Enrique III, de Margarita Nicholson, una loca que intentó herirle con un cuchillo, y del otro loco, Hatfield, que le disparó un tiro de pistola.

También en Inglaterra se dió el caso de Mooney, irlandés, á quien se declaró loco según informe de dos médicos forenses de New-York, que expresaba en el juicio su gran satisfacción por haber sido el primer irlandés que había molestado á los privilegiados con la dinamita.

Y, por último, un loco epiléptico ha estado á punto de ser bien recientemente la causa de la muerte de un gran político americano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPÍTULO V.

Suicidas indirectos.

Quizás deban ser considerados algunos de estos extraños homicidios como suicidios indirectos; tal vez maten, ó mejor, intenten matar al jefe de un país, para dar así lugar á que les quiten una vida que aborrecen, al mismo tiempo que les falta el valor necesario para privarse de ella á sí mismos.

Recientes ejemplos tenemos en España de este género de regicidas: Oliva y Moncusi, colocado entre los reos políticos por pasión, por sus no pocos caracteres degenerativos, atentó á la vida del rey Alfonso XII sin que ningún hecho

explicase tal delito, y menos con sentido revolucionario.

Era Oliva de indole rebelde y de mediano ingenio; se consagró á las matemáticas cuando su familia quería darle una educación literaria, y no agradándole después ni ésta ni aquéllas, se dedicó sucesivamente á aprendiz de escultor, á tipógrafo, á obrero del campo, á tonelero, y, finalmente, fué soldado, demostrando en algunas ocasiones bastante valor.

Empleado más tarde en una oficina, se dedicó con afición apasionada á la lectura de libros y periódicos ultraliberales, trabajando poco y mal. No pudiendo sufrir la vida del empleado ó del trabajador, tan contraria á sus gustos y aficiones, manifestó varias veces la idea de suicidarse, lo que hizo que su padre le diera algún dinero para que se marchase á Argelia, que le sirvió para ir á Madrid, donde cometió el atentado.

Otro caso de suicidio indirecto fué, según observan Maudsley, Esquirol y

Krafft-Ebing, el de Nobiling, que en 1878, en Berlín, disparó contra el Emperador un tiro de fusil, intentando después suicidarse con la misma arma. Era Nobiling un hombre anormal, con muchos caracteres degenerativos (hidrocefalia, asimetría facial, que le colocan entre los demás reos políticos notables por sus anomalías). Laureado en filosofía, se dedicó á la Economía rural práctica, y publicó un folleto sobre esta materia, por el que le emplearon en el Negociado prusiano de Estadística; mas habiéndosele encargado de un importante trabajo, resultó hasta tal punto inútil, que le dejaron cesante.

Obtuvo un empleo más modesto, y después viajó por Inglaterra y Francia, volviendo al cabo de algún tiempo á Alemania, donde no pudo sufrir ninguna ocupación estable. En estos momentos concibió el atentado, é inmediatamente al siguiente día le consumó.

Tenía un carácter tenaz y egoísta, y

sus compañeros lo consideraban un incorregible, pero tranquilo soñador del espiritismo y de las doctrinas socialistas, que á veces les predicaba, por lo que le llamaban el *Petrolero* y el *Comunista*.

Cuando fué arrestado, declaró: Que había atentado contra el Emperador en la seguridad de que sería castigado con la pena de muerte, muerte que deseaba *porque los malos tratos de su patrón le habían hecho odiosa la vida*. Y en efecto, se ha probado que dos días antes del atentado le habían despedido del taller, y también que después de ser preso hacía grandes esfuerzos por agravar su situación, haciendo ver al delegado cómo había cumplido el programa republicano en que había escrito: *¡Muera el Rey, viva la República!*

En cuanto á su vanidad, bastará decir que rehusó en absoluto firmar el recurso de casación, y que, cuando supo que le habían indultado, no pensó en que había

salvado la vida, sino en el efecto que produciría en el público.

Frattini, á quien recordarán los lectores por haber arrojado una bomba en la Plaza Colonna, causando algunos heridos, dijo en el proceso que no tenía intención de herir á nadie, y que le impulsó únicamente el deseo de protestar contra el actual estado de cosas, y que de todos modos se conformaba con ¡haber asustado á la nobleza feudal! Mas el que intervino en su empresa criminal la desesperación de la vida, pruébanlo los siguientes fragmentos, escritos por él, y que yo he podido adquirir por graciosa concesión que de ellos me ha hecho el ilustre Sighele:

«..... ¡No es por mi libertad ni menos por mi vida por lo que temo, no!..... que quitarme ésta sería el mayor beneficio que podría hacerme.»

»..... ¡No puedo, no puedo soportar esta vida de miseria y de vergüenza que me ha condenado á sufrir la sociedad sin

causa legítima, sin saber si puedo ser útil y no nocivo á mis semejantes!

».....¿Cómo no he de odiar á todo el mundo?.....

»Y ¿quién sacia el hambre? ¿El producto acaso de un trabajo que no encuentro, que nadie me da?..... ¿Se me ha calificado de asesino porque no quise serlo verdaderamente..... robando, ó porque no tuve valor para intentar el suicidio por segunda vez?.....

»..... Los animales encuentran con qué alimentarse según su naturaleza y especie, porque ninguno de ellos roba el sustento á los demás, y es dueño de cuanto puede precisar para cubrir sus necesidades. La naturaleza ha creado la comunidad. De la usurpación ha nacido la propiedad privada. ¡He aquí el origen de nuestras fatigas!.....»

Pero aun después de todo lo que llevamos dicho acerca del suicidio indirecto, ninguna prueba más segura de su intervención en el homicidio político que

este singular documento psicológico, que debo á la cortesía de la Reina de Rumanía, que es al mismo tiempo insigne literata (Carmen Sylva) y aventajada investigadora científica, apta para comprender y abarcar los nuevos horizontes de la ciencia. He aquí dicho documento:

«Un rumano llamado C....., de treinta y ocho años, que estando condenado por homicidio fué indultado, atentó criminalmente á la vida del Rey, disparando un tiro desde la calle á la ventana de su habitación, que estaba iluminada; mas de tal modo hizo el disparo, que apenas sufrieron los cristales. Practicado un registro en casa del atentador, dió por resultado el hallazgo de varias fotografías en que está vestido de bandido, y entre ellas, una hecha seis meses antes de cometer el atentado contra el Rey, en la que aparece retratado en el momento de impedir su amante que se suicidara; intento de suicidio que, unido á la vanidad de retratarse en el momento en que le

iba á consumar, constituyen una prueba evidente de que con anterioridad á su atentado regicida padeció una obsesión suicida, que explica el atentado mismo como un suicidio indirecto.»

Henry y Vaillant son para mí suicidas indirectos—y aun el mismo Lega, que deploró no haber sido condenado á la pena de muerte;—y Caserio, que antes de cometer su crimen decía que no le importaría gran cosa ser decapitado.» Y Henry, que rehusó la excusa del abogado y de la madre, referente á la locura de su padre, diciendo á los jurados *que el oficio del abogado es defender, haya ó no razón, pero que él quería morir*, están también, á mi juicio, dentro de esa especie.

CAPÍTULO VI.

Reos por pasión.—Caserio.

Gran influencia, sin duda alguna, tiene en estos delitos de que venimos ocupándonos, el fanatismo económico ó social, violenta pasión que puede excepcionalmente presentarse unida á la criminalidad, pero que aparece casi siempre pura y de un modo aislado; y ya he expuesto yo á este propósito, en mi *Delitto politico*, que estos delincuentes, impulsados á la consumación de un delito por pura pasión, constituyen por su honradez la más completa antítesis de los criminales natos.

Caracterizanse estos reos pasionales, no ya por la ausencia de los rasgos del

iba á consumar, constituyen una prueba evidente de que con anterioridad á su atentado regicida padeció una obsesión suicida, que explica el atentado mismo como un suicidio indirecto.»

Henry y Vaillant son para mí suicidas indirectos—y aun el mismo Lega, que deploró no haber sido condenado á la pena de muerte;—y Caserio, que antes de cometer su crimen decía que no le importaría gran cosa ser decapitado.» Y Henry, que rehusó la excusa del abogado y de la madre, referente á la locura de su padre, diciendo á los jurados *que el oficio del abogado es defender, haya ó no razón, pero que él quería morir*, están también, á mi juicio, dentro de esa especie.

CAPÍTULO VI.

Reos por pasión.—Caserio.

Gran influencia, sin duda alguna, tiene en estos delitos de que venimos ocupándonos, el fanatismo económico ó social, violenta pasión que puede excepcionalmente presentarse unida á la criminalidad, pero que aparece casi siempre pura y de un modo aislado; y ya he expuesto yo á este propósito, en mi *Delitto politico*, que estos delincentes, impulsados á la consumación de un delito por pura pasión, constituyen por su honradez la más completa antítesis de los criminales natos.

Caracterizanse estos reos pasionales, no ya por la ausencia de los rasgos del

tipo criminal, sino por tener, en oposición con él, una bella y simpática fisonomía, de amplia frente, bien conformada barba y apacible y serena mirada.

De 30 célebres nihilistas, presentan agradable fisonomía 18: Perowskaja, Cyddofina, Helfmann, Bakounine, Lavroff, Stefanowich, Michailoff, Sassulich, Ossinski, Antonoff, Ubanoba, Vilaschenow, Icliaboff, Tschernyschewsky, Zundelewitch, Figuer, Presgnacoff.

Entre las fisonomías de nuestros revolucionarios, cuyos retratos están en el Museo del Renacimiento Italiano ó en la colección de Damiano Muoni, recordamos las muy bellas de Dandolo, Poma, Porro, Schiaffino, Fabrizi, Pepe, Paoli, Fabretti, Pisacane y otras muchas.

De los revolucionarios franceses, acuden á nuestra memoria las de Desmoulins, Barras, Brissot, Carnot, y sobre todo la de Carlos Sand, extremadamente agradable y simpática.

SEXO Y EDAD.—Proporcionalmente á

la escasa cuota que da para todos los delitos en general, el sexo femenino es el más predominante en esta clase de atentados, y sobre todo las mujeres de diez y ocho á veinticinco años.

Observa Régis (*Les régicides*, 1890) que casi todos los regicidas son muy jóvenes: Solowief, La Sahla, Chatel y Staaps, tenían diez y ocho años; Sand, veinticinco; La Renault, veinte; Barrière y Booth, veintisiete; Alibaud, veintiséis; Corday, veinticinco; Meunier, veintitrés; Moncusi, veintidós, y Otero, diez y nueve.

Desmarets escribe: «Persuadida la policía napoleónica de que el entusiasmo y la abnegación suelen ser atributos de la juventud, vigilaba cuidadosamente á los jóvenes de diez y ocho á veinte años.» (*Témoignages*, etc. *Quinze ans d'haute police*, 1833.)

CÓMPLICES.—Nunca tienen los reos de esta especie los cómplices que tan frecuentes son cuando se trata de crimi-

nales comunes. La torpe policía quiso encontrárselos á Sand, Passanante, Verger, Oliva y Moncusi, Nobiling, Ravailac y Corday; mas quedóse burlada, porque realmente no los tenían.

ATAVISMO.—En gran número de los regicidas ó reos por pasión que hemos citado, es hereditario el fanatismo patriótico ó político y el misticismo; así, por ejemplo, el padre de Carlota Corday y el de Orsini fueron fanáticos revolucionarios; el padre de Booth se llamaba Juanis Brutus y se había puesto él mismo el nombre de un revolucionario célebre, Welkasalscy; los padres de Guiteau y Nobiling eran exageradamente místicos ó piadosos; la madre de Staaps no hablaba de otra cosa que de los versículos bíblicos.

«Bruto—dice Plutarco—desciende de aquel J. Bruto que derrocó á los Tarquinos, y de Servilia, á cuya familia perteneció el tiranida Servilio Ala.»

PSICOLOGÍA.—Son siempre el modelo

y la exageración de la honradez, de la moralidad y de la virtud. Sand vivió y murió como un santo, hasta el punto de que el lugar en que sufrió el suplicio fué bautizado por el pueblo con el nombre de «Prado de la ascensión al cielo, de Sand» (*Sand Himmels fort weise*).

Refiriéndose al nihilista Lisogub, escribe Stepniak que siendo millonario vivía como un pobre, para repartir su dinero entre sus correligionarios, y tan austera y tan humilde era su vida, que los amigos hacían grandes esfuerzos para que mejorara su método de vida, pues temían que tantas privaciones le pudiesen acarrear una enfermedad.

Carlota Corday poseía un alma afabilísima, un aspecto gentil, y era un modelo de mujer intachable por todos conceptos; pasó su juventud entre los estudios históricos y filosóficos, aficionándose en extremo grado á la lectura de Plutarco, Montesquien y Rousseau. La arrebatadora elocuencia de algu-

nos prófugos Girondinos, y tal vez un secreto amor por alguno de éstos, la impulsó á abrazar fervidamente su causa; asistió á aquella sesión de la Convención en que fueron condenados á muerte los Girondinos, y entonces se decidió á destruir al culpable de tal condena.

Al preguntarla cómo era posible que siendo una mujer débil é inexperta hubiese podido sin cómplices herir de muerte á Marat, «La ira y el veneno, respondió (y con esto demostró la violenta pasión que la dominaba), habían llenado mi corazón, y éste me guió para llegar al suyo.» (D'Abrantés, *Vita e ritratti di donne celebri*, 1838.)

Cuando Sassulich fué absuelta por los tribunales del atentado contra el capitán Trepoff, confesaba después de la absolución que la lectura de la sentencia la había impresionado tristemente, porque, una vez condenada, la hubiese confortado el ánimo el pensamiento de haber hecho por la buena causa todo

cuanto había podido hacer. Les decía á los jurados: «*Es cosa monstruosa alzar la mano contra un hombre, lo sé; mas quiero probar que es imposible dejar impune tan gran infamia* (el apalear á los reos políticos), *y quiero fijar la atención de todos sobre este hecho, para impedir que se renueve.*» Late en estas palabras meritoria y honrada pasión, que impresionó favorablemente á cuantos la oyeron.

A estos rasgos de carácter hemos de añadir la necesidad ó el vivo deseo que todos tienen de sentir el dolor, de sufrir: «*el sufrimiento es una buena cosa*», dice un héroe político de Dostojewsky; el dolor es dulcísimo cuando se padece por una gran idea; mas lo es también muchas veces en que no existe ésta, como, por ejemplo, cuando se ama á alguien con el solo fin de sufrir y proteger al ser amado. Esta complacencia del dolor se encuentra frecuentísimamente en todos los místicos, que se flagelan y llevan sobre la carne

punzantes cilicios, que se la desgarran; y esta misma complacencia para el sufrimiento explica el heroísmo de los nihilistas y el de los mártires cristianos, que sacrifican su libertad y sacrifican su vida por servir á una causa que en su mente aparece rodeada de un nimbo de grandeza y sublimidad.

Una de las complicadas en el proceso de los 50 de San Petersburgo, moribunda por tuberculosis, improvisó ante sus jueces una poesía que basta ella sola para demostrar cuán profundamente arraigada estaba en el pecho de la infeliz la pasión del martirio: «Apresuraos, jueces, apresuraos á juzgarme antes que á los demás; ¡terrible y sin excusa es mi delito! Vestida de rústico algodón, cometiendo el pecado de andar sin zapatos, me encontraba yo allí donde gimen nuestros hermanos, allí donde la miseria y el trabajo son eternos. Mas, ¿para qué más palabras ni más discursos? ¿No soy yo sobre todos reo convicto? ¿No soy yo la personificación del

delito? Con el cuerpo envuelto aún en vestidos de algodón, con los pies desnudos, con las manos callosas, estoy destruida por el penoso trabajo, y la prueba más grave contra mí la llevo en el amor á mi país. Pero por muy culpable que sea, por muy culpable que haya sido, sois impotentes vosotros, mis jueces, para castigarme; si, impotentes; soy inaccesible á toda pena, porque *tengo una fe* que no tenéis vosotros, en el triunfo de mis ideas. Podéis, es verdad, condenarme á seguir arrastrando esta vida; mas ¿qué importa? Pronto mi mal me llevará al sepulcro. Yo muero, *lleno el corazón de un infinito amor*, y hasta los mismos verdugos, derribando la puerta de mi prisión, prorrumpirían en sollozos, rogando por mi vida.»

Renán atribuye el influjo del cristianismo, tanto ó más que al genio y predicaciones de Cristo y de sus precursores los Esenios, á la verdadera pasión por el martirio de sus secuaces; pasión tan grande, que logró convertir á muchos,

Justino y Tertuliano entre ellos, por el solo hecho de que presenciaron el indomable valor de los mártires.

»En la destrucción de Babilonia, en Persia—escribe Renán,—se vieron personas que, sin casi pertenecer á la secta, se denunciaban á sí mismas para unirse á los afligidos. Es tan dulce al hombre sufrir por algo, que en muchas ocasiones el atractivo del martirio basta para hacer creer.

»Se dió en aquel tiempo, en el camino y en el bazar de Teheran, un espectáculo que jamás olvidará la humanidad. Aun hoy, cuando se reflexiona sobre él, puede juzgarse la admiración, unida al horror, que la muchedumbre experimentó, y que los años y los siglos no han podido extinguir.

»Cuando uno de los torturados caía y se le hacía levantar á latigazos, por poca fuerza que le hubiese dejado la pérdida de la sangre, que le bañaba todo el cuerpo, bailaba y gritaba con creciente entu-

siasmo: «En verdad que á Dios pertenecemos y á él volvemos.» Si algún joven expiraba, los verdugos arrojaban el cadáver á los pies del padre ó de la hermana, quienes le hollaban intrépidamente, sin mirarle dos veces siquiera. Al llegar todos los acusados al lugar del suplicio, se les ofrecía de nuevo la vida, si abjuraban; ocurriósele al verdugo amenazar á un padre con cortar sobre su propio pecho la cabeza de dos hijos que tenía, si no abjuraba. Los dos niños, el mayor de catorce años, estaban oyendo atentamente el diálogo, y cuando el padre contestó, arrojándose á tierra y presentando el pecho, que estaba pronto á recibir sobre sí la cabeza de sus hijos, el mayor de éstos, reclamando con ímpetu y exaltación crecientes los derechos de primogenitura, quería ser el primer sacrificado.»

De este amor al martirio nace la profunda convicción que tienen los reos por pasión del beneficio y utilidad de sus actos, convicción que no sólo les man-

tiene impávidos frente al suplicio (Parry, Staaps, Corday, Gérard), sino que excluye todo arrepentimiento, sin que por ello pueda confundirseles con los criminales vulgares, en quienes la indiferencia por la vida y la ausencia del arrepentimiento tienen su causa en la falta de sentido moral; y que no puede confundirseles, pruébalo que conservan en la impenitencia la modestia y la delicadeza inherentes á toda su vida.

En estos mismos días, el fanatismo y la pasión han armado la mano de algunos de nuestros anarquistas, en cuya vida no se encuentra una sola mancha. Bien es verdad, sin embargo, que á la pasión se asociaba una neurosis hereditaria.

Así, Nobiling y Booth eran hijos de suicidas; Sand tuvo accesos de melancolía suicida; Haillaraud, que intentó matar á Bazaine para vindicar el honor de Francia, tenía insuficiencia aórtica, parálisis del brazo derecho y convulsiones epileptoides, como igualmente las tenía

La Sahla, que intentó matar á Napoleón para dar paz al mundo, y que murió atáxico. (Régis, *Les régicides*, 1890.)

CASERIO.— Caserio es un admirable ejemplo de reos políticos por pasión.

Su familia está compuesta de padre, madre y de ocho hermanos, todos sanos, entre los que es Santos el penúltimamente nacido.

Su padre, campesino, ejercía el oficio de barquero en el Ticino; era un hombre excelente, amable á toda prueba, nacido en 1836 y muerto en 1887. Siendo joven, en 1848, fué arrestado por los austriacos que guardaban los confines del Ticino, y encerrado en la iglesia de San Rocco como contrabandista. Parece ser que los austriacos le amenazaron con la muerte, y fué tan grande el espanto y el terror del infeliz, que desde aquel momento fué presa de ataques epilépticos; mas, sin embargo, esa epilepsia, que en él apareció á los doce años, tenía ya su fundamento en una tendencia hereditaria, qui-

zás pelagrosa, pues tenía dos hermanos, tíos, por tanto, de Caserio, indigentes todavía hoy en Mombello, atacados de pelagra maniática, y nada tendría de extraño, porque además es muy común esa enfermedad en Motta-Visconti, donde yo mismo he puesto en curación á gran número de atacados cuando estuve en Pavia.

En cuanto á la fisonomía de Caserio, según puede verse en su retrato, publicado en *L'Illustrazione Italiana* (Junio de 1894), no presenta ningún rasgo del tipo criminal, salvo la pequeña depresión de la barba, la exagerada longitud de las orejas, y el desarrollo excesivo de los arcos superciliares: su mirada es dulce y afable, las líneas de su cabeza y su cuerpo son perfectas y bellísimas, salvo un pequeño defecto en un brazo. De las pocas noticias que se tienen de su vida, parece resultar que su criminalidad no se ha manifestado más que en la política, y que en su niñez no tuvo tendencias

criminales, si se exceptúa la vagancia y la afición á abandonar su casa, hecho raro en un país en que el hombre está sujeto á la tierra.

«Mi hermano concurrió de pequeño á la escuela del pueblo, dice su hermano, mas sin que en ella aprendiera nada; su carácter ha sido siempre reservado y melancólico, y pocas ó ninguna vez le he visto alegre; era amable, muy amante de su madre, y religiosísimo, hasta el punto de ayudar con verdadero *amore* á misa, concurrir á las procesiones de San Giovanni, y ser su sueño favorito entrar en un seminario y llegar á ser un obispo, un apóstol de la religión. Se enfadaba con sus compañeros si les veía robar aun una simple manzana en el campo.»

Diez años tenía cuando, abandonando repentina y subrepticamente á su familia, se marchó á Milán, donde abrazó el oficio de panadero, siendo muy de notar que, en vez de darse al vino, á las mujeres y al juego, como sus compañeros,

se aficionó grandemente á la lectura y á las discusiones con éstos, en una de las cuales, á pesar de la templanza de carácter que le caracterizaba, rompió una botella sobre la cabeza de un amigo suyo (á los trece años).

Su profesión de fe anarquista data de los diez y siete años, y según parece, los gérmenes de tal doctrina los recibió de un compañero de taller; bien pronto fué uno de los más fervientes anarquistas, no dedicando las pocas horas que su gran trabajo le dejaba libre, á otra cosa que á la lectura de libros y folletos anarquistas y á la propaganda entusiasta de la idea entre los rústicos campesinos, que se burlaban de él en su cara.

Procuraba ante todo ocultar su nueva profesión de fe á su familia y patrono, que, en efecto, nada supieron durante un gran lapso de tiempo. El primero en enterarse de que Caserio era furibundo anarquista fué su hermano mayor, residente en Milán, que tanto le reprobó su

conducta y tantos medios puso en práctica para corregirle, que dió lugar á una ruptura entre ambos, que hizo aún más intensa la pena de la familia.

Hace dos años, cuando los anarquistas distribuyeron folletos entre los soldados en Porta-Victoria, fué arrestado Caserio, y condenado á cuatro días de cárcel, condena cuya noticia causó á su madre, al saberla, una enfermedad, que la duró algunos meses.

En el juicio oral que hubo con ocasión de tal reparto de folletos á los soldados, se limitó Caserio á repetir su declaración ante el juez instructor, en la que dijo que ingresó definitivamente en el partido anarquista el año 1891, impulsado por la lectura de algunos folletos y por conversaciones y discusiones con unos compañeros suyos, á quienes no nombraba, en una hostería á donde iba á jugar.

Adviértase que Caserio no era orador, y que por no serlo no tomaba una parte

muy activa en los conciliábulos de los anarquistas.

Escribía algunas veces, y tenía hecha una monografía, que permaneció inédita, sobre los tumultos anarquistas ocurridos hace algunos años en la Vía Ravana, por una cuestión de la cocina económica.

Es evidente que las excitaciones anormales de su cerebro fueron producto de la herencia epiléptica, manifestada al exterior bajo la forma de fanatismo religioso primero, y de fanatismo político después. En un país nuevo y saturado de vida, como es la Lombardía, situada lejos del centro, los primeros fanatismos que surjan no pueden ser más que religiosos, porque los campesinos sólo en la religión tienen ideales.

Ya hemos hecho notar que aun el mismo Henry, y Vaillant y Faure, sintieron en sus comienzos estos entusiasmos religiosos, tan opuestos en la apariencia á los que luego les sucedie-

ron (1). En la apariencia tan sólo, pues en el fondo constituyen una misma cosa: la tendencia á exagerar los ideales, los sentimientos menos positivos, menos conformes con la práctica y la realidad. Estriba la distinción en que los tiempos cambian, y este hombre, que hubiera sido un Pedro el Ermitaño si hubiese vivido en otra época, oliendo á incienso en todos momentos y rodeado continuamente de un ambiente de iglesia, al reunirse desde los diez y siete años con fanáticos anarquistas, que le infiltran sus ideas y le leen sus periódicos, sustituye al fanatismo religioso el fanatismo económico bajo la forma anárquica, y mata al Presidente de una República; y aquí, entre paréntesis, es preciso añadir que, á quien ha vivido entre los lombardos, sometidos al peso de los contratos agrarios; á quien conoce esa región, donde el campesino muere, si no de hambre, atacado de la

(1) *Revue des Revues*, Febrero 1894.

pelagra, y donde el proletario está en más triste y desesperante situación que los esclavos romanos, no le asombra ni le sorprende, sino que, antes al contrario, le parece muy explicable y lógico que en un ciudadano de inteligencia algo clara se opere ese cambio. El siervo antiguo era al menos mantenido por su dueño; el siervo lombardo no tiene ni eso; es tan baja su condición, tan oprimido y aniquilado se encuentra, que ni aun reaccionar puede, porque es necesario de todo punto un cierto grado de bienestar para poder disponer de fuerza que inicie y obre la reacción.

Si Caserio puso sus energías al servicio de dicha reacción, debe achacarse en gran parte á que su familia gozaba de un relativo desahogo.

Y he ahí por qué él, amantísimo de los suyos, no quiso volver á Motta, de donde tan repentina é inesperadamente se había fugado; y errante—escribía el mismo,—lejos de su pueblo, separado del hogar, su-

fre y llora por la suerte triste y desgraciada de sus padres.

Es de notar también cómo la epilepsia del padre, heredada por el hijo, arrastra á la acometividad á una naturaleza apacible y tranquila, é impulsa á la actividad de un exagerado fanatismo, y á las primeras filas de los secuaces de una doctrina disolvente, á un campesino habitualmente apático, que no tiene otro anhelo ni otros ideales que vivir confundido con la generalidad, «ni envidiado ni envidioso», y que, tan pronto como en él comienza á operarse el cambio, trabaja durante la noche para dedicar el día á la lectura de libros y periódicos, y arriesga su libertad en empresa tan peligrosa como la de repartir entre los soldados folletos anarquistas que destilan por todas sus páginas odio á muerte á la sociedad, á esa sociedad que los tiene á su servicio, y á quien están obligados á defender y amparar hasta con la última gota de su sangre.

Y luego él, ignorantísimo, que apenas sabe leer, quiere dirigir un periódico, y se lanza, por último, á cometer un horroroso delito, sin conmoverse ni antes ni después, como si se tratase de un empedernido asesino, avezado á la sangre; y es que el fanatismo, reforzado por la epilepsia, le ciega y le convierte en un ser feroz é indomable (1).

Á esta conversión contribuyó en gran parte el monoideismo (la preocupación de una sola idea), propio de una escasisima cultura; monoideismo que le impidió criticar fría y serenamente las doctrinas á que fué inducido, y contribuyó también la apatía singular hacia todo lo que ordinariamente interesa más á los jóvenes normales, la mujer, el juego, etc. (entre todas sus cartas no se encuentra ni una sola alusión á las mujeres ni al

(1) «En tanto que llegue el día en que pueda coger á un burgués por el cuello, mi corazón pedirá venganza; en un solo día podría hacerse un ejemplar y ferroz escarmiento.» —13 Julio 1893.

juego, ni á ninguna otra diversión propia de su edad); y esto explica el que, siendo inexperto en la comisión de tal clase de delitos, acertase como acertó, y que ante la indignación pública no se obrara en él la reacción que se da en muchos monomaniacos, llegando á figurarse, por esa obsesión de una idea fija, que había matado en Carnot, no al templado y pacífico hombre de Estado, sino á un Tiberio ó un Dionisio (1). Gran parte hay que atribuir en esto á su crasa ignorancia: infeliz rústico primero, pobre panadero después, no pudo, al pasar del horno á la vida política, adquirir otras ideas que aquellas que le predicaban los anarquistas; y sucediéndole lo que á algunos santurrones ó beatos, que no ven más allá de lo que leen en los libros supersticiosos,

(1) El juez Benoist le preguntó: «Veamos, Caserio, ¿por qué matasteis al Presidente? ¿le conocíais?—No.—¿Teníais algo de que acusarle?—Era un tirano; por eso le maté.—¿Sois, pues, anarquista?—Sí, y me envanezco de serlo.»

él no sabía de la cosa política sino aquello que le venía inyectando, por decirlo así, la canalla anarquista; siempre que un hombre se aferra á una sola idea, desarrolla para su logro ó para su realización una extraordinaria energía: recuérdense, en prueba de esto, los *asesinos* del Viejo de la Montaña Sira, y recuérdese también cómo los hipnotizados bajo la impresión monoideizante corren al término que se les sugiere con irresistible arrojo, sin pensar en los obstáculos que les impiden llegar á él. Esta energía estaba redoblada en Caserio por la epilepsia paterna, heredada por él bajo la forma que yo llamo epilepsia política ó manía de cometer delitos con fines políticos, de que he expuesto algunos ejemplos en el capítulo III.

NATURALEZA EPILÉPTICA.—Está conocida su naturaleza epiléptica con sólo considerar que él, buenísimo é intachable con la familia y los amigos, se vuelve feroz cuando se le habla algo de la anar-

quia, contraste que es uno de los más típicos caracteres de esta enfermedad.

En una de sus cartas, después de expresarse con gran templanza y suavidad en cuanto á su familia y á su incapacidad para recurrir á la violencia, dice: «Veréis, sin embargo, cómo al llegar mi día, sabré ser más enérgico y terrible que todos mis camaradas.»

Dicen de él estos mismos camaradas suyos que era pacífico y sobrio, pero que en el momento en que le tocaban á la *anarquía*, se tornaba una *fiera bestial*.

La siguiente escena suministra una incontrovertible prueba de la epilepsia psíquica.

Cuando, á una invitación del juez Benoist, simuló la repetición de la puñalada inferida á Mr. Carnot, se congestionó tanto su cara, de tal manera se le inyectaron de sangre los ojos, tan contrahechos y rígidos se pusieron sus miembros, y hasta tal punto febriles eran sus movimientos, que el juez, horrorizado y poco acos-

tumbrado á ver tales casos, exclamó:

—Basta; sois un monstruo.

Y Caserio replicó en una jerga, á medias francesa, á medias italiana:

—¡Oh, esto no es nada! Ya me veréis en el juicio y después en el tablado de la guillotina. ¡Ah, particularmente esta última escena, la de la guillotina, será hermosísima!

Y se reía cínicamente.

Mas á los cinco minutos quedó sumido en un gran abatimiento físico y moral, se desplomó sobre el catre y quedó profundamente dormido.

Apenas transcurrida una hora, se levantó sobresaltado, y poniéndose la cabeza entre las dos manos, pidió á los centinelas que le vigilaban día y noche que le llevaran aguardiente, ron ó cualquier *bebida fuerte*.

Es indudable que esta anécdota, que tanto espantó al juez, fué un acceso de epilepsia psíquica, seguida (como todos estos accesos) de un sueño profundo;

sueño que no podía tener su causa en un anterior insomnio, puesto que sus vigilantes dijeron que se pasaba casi todo el día durmiendo.

Sus cartas aparecen escritas con caracteres comunes, en lo que concierne á sí, á su familia, etc.; pero en cuanto habla de la *anarquía* ó de las persecuciones políticas, como la de España, en que fusilan á sus compañeros, los caracteres tórnanse enormes, y las palabras *anarquía* ó *España* ocupan media línea; y este es uno de los rasgos distintivos de los histéricos y de los epilépticos (*macrografía*).

El más dominante carácter de los delincuentes por pasión es la corrección y la honradez; honradez que, llevada en multitud de ocasiones á la exageración más ilimitada, produce la excesiva hiperestesia (gran sensibilidad para los dolores propios y ajenos). Así resulta de un grupo de veinte cartas, escritas hace algunos meses, que aparecen claras y se-

guras más que cualquier testimonio que pudiera ser parcial y unilateral. En una época en que llevaba algún tiempo sin trabajo, decía: «Debería, por ser anarquista, no tener escrúpulo ninguno, y teniendo necesidad, como en efecto tengo, coger á un burgués por el cuello, y robarle su dinero; mas confieso que no me siento capaz de hacerlo.» He aquí la antítesis del delincuente nato (1), caracterizada, de otra parte, por el horror que de niño tenía á que sus camaradas robasen una manzana.

El delincuente nato se vale de los más

(1) «Me humillo al tener que ser socorrido por mis compañeros. Mas ¿qué he de hacer?»

»Es verdad que siendo yo anarquista no debo respetar la propiedad, y que encontrándome en grave apuro para comer, debiera cogerlo allí donde lo hubiera; pero en esta ocasión, y obrando yo solo, no me siento con el valor necesario para coger á un burgués por el cuello y hacerle que me diera dinero.

»Apenas pudiera, vendería mis brazos á un burgués, y restituiría la suma.»

pueriles pretextos para justificar sus propios delitos.

HIPERESTESIA.—La exagerada sensibilidad para el dolor ajeno resulta probada en esta carta, escrita cuando le llamaban al hogar materno, y rehusaba el ir porque sufriría mucho ante las penas que hubiera tenido que presenciar:

«Mil veces, al echar mi cabeza sobre la almohada para dormir, pienso en los sufrimientos de los míos (de los que vivía lejos, y que le llamaban al hogar) y me abandono al llanto.

»Mas después, un pensamiento, que por ser más intenso que el primero, me domina, me dice: No eres tú la causa de los dolores de tu familia; es la sociedad actual.

»El primer pensamiento me dice que estoy lejos de mi madre. Yo no sería capaz de cometer la villanía que el soldado comete con sus padres: coger un fusil y abandonarlos repentinamente, siguiendo á cualquier superior militar (he aquí de

nuevo la epilepsia; recuérdese á Misdea). Aun siendo libre, no podría soportar con calma la infamia de los viles burgueses, y concluiría por ser arrestado, y estaría entonces aun más lejos de ustedes, porque el muro de una cárcel equivale á muchos kilómetros de distancia.

»Cuando venga la guerra, dejo bien á la mujer, bien á la madre ó bien á los hijos, y acudo á ella como los demás imbeciles. Ninguno piensa en el dolor de la familia, pero sí en su deber, y yo combatiré á esta sociedad y aniquilaré algunos burgueses. ¡Viva la anarquía!» (en enormes caracteres).

Solamente la gran hipermnésia propia de la enfermedad puede explicar la singular lucidez de su razón en los momentos en que se aprestaba para dar el golpe, y la facilidad para recordar después hasta los más pequeños detalles; así pudo describir (1) con admirable minuciosidad

(1) *Idea liberale*, 8 Julio 1894.

todos los incidentes de su viaje; entusiasmarse con el idilio que se forja durante el camino; contemplar el paisaje que atraviesa; gustar la frescura del agua límpida que le apaga su rabiosa sed; y así pudo también calcular el modo de economizar el poco dinero que tenía, á fin de que fuera bastante para llegar á la ciudad en donde debía librar á la sociedad de un tirano.

Luego, la gran ciudad en fiesta, completamente desconocida para él, y que debía alucinarle y marearle con el vertiginoso movimiento de una multitud que llena las calles, y con el resplandor vivísimo de las iluminaciones; mas él encuentra, á pesar de todo, modo de orientarse, y sobre el campo mismo donde ha de cometer el delito, pocos minutos antes del momento que, según su plan, ha de ser también el último de su vida, él, que jamás ha empuñado un arma, continúa sereno y tranquilo, siendo un observador sagaz y preciso, y recoge cuantos

datos necesita para preparar con más seguridad la triste empresa que ha de ejecutar; se le ocurre segundos antes del atentado que necesita atravesar la calle, porque por la derecha vienen importantes personajes siguiendo en una carroza al cortejo oficial. Tal es el fanático obsesionado; tales eran los mensajeros del Viejo de la Montaña; ¡sólo que el Viejo de Caserio era Bakounine, y la misión que le había de valer el Paraíso, era matar al..... presunto tirano!

SANTIAGO.— Un tipo completamente análogo es Santiago Salvador French, de treinta y tres años de edad, campesino, casado, padre de una preciosa niña y confeso de haber arrojado desde el quinto piso á la platea del teatro Liceo de Barcelona, durante la representación del *Guillermo Tell*, para vengar á su amigo Pallás, dos bombas Orsini, que causaron la muerte á veinte personas.

No hace aún cuatro años era un ferviente católico, afiliado al partido car-

lista; cediendo á sus consejos, entró en un convento una hermana suya.

Un tío suyo, sacerdote, fué atacado, al cumplir los treinta y tres años, de una tan gran melancolía, que después de dejar escrita una carta, que, entre otras cosas, decía: «Cristo no vivió más que treinta y tres años; ¿por qué he de vivir yo más?»; se saltó la tapa de los sesos. El padre de Santiago Salvador era criminal.

Al fanatismo religioso substituyó bien pronto en Salvador el fanatismo anarquista, que alguien le inculcó en sus comienzos y que él luego concluyó de desarrollar con la lectura de periódicos y opúsculos de propaganda revolucionaria.

Renegó de la Iglesia y se hizo el más asiduo concurrente á los *meetings* anarquistas, donde conoció á Pallás, dedicándose después los dos al contrabando de la sal.

Los dos fanáticos intimaron y se unieron á otros compañeros de doctrina, fundando el grupo *Benvenuto Salud*.

Inició Paulino Pallás la campaña dinamitera atentando á la vida del general Martínez Campos. Fué condenado á muerte, y cuando le llevaron al lugar en que había de ser fusilado, exclamó: «La venganza será terrible.»

Santiago Salvador cumplió este testamento.

«Un día—cuenta su mujer,—poco después de la muerte de Pallás, vino Salvador á casa con dos bombas ocultas en la faja, y las dejó sobre un vasar. Al otro día las metió en un puchero y guardó éste en el baúl. La noche siguiente me pidió una peseta, y, á pesar de ser el único dinero que había en casa, se la di. Salió de casa, volvió á media noche, y, poniéndose ante mí y como si delirara, exclamó: «*Antonia, mi deber está cumplido; Pallás está vengado.*»

Es la reproducción de Caserio; ambos religiosos primero, después fanáticos, ignorantes campesinos y criminales por venganza política.

CAPÍTULO VII.

Altruísmo.

Aquí surge, para el psiquiatra y para el sociólogo, un difícil problema. ¿Cómo es posible que en estos individuos, locos, criminales para casi todo el mundo, neuróticos y grandes apasionados, se dé un altruísmo que no se encuentra en la generalidad de los hombres, y mucho menos aun en los locos y en los criminales, que son siempre los mayores egoistas del mundo?

Este altruísmo, llevado al último límite, es uno de los caracteres que con gran maravilla encontramos siempre en Vaillant, en Henry, en Caserio y aun en

Inició Paulino Pallás la campaña dinamitera atentando á la vida del general Martínez Campos. Fué condenado á muerte, y cuando le llevaron al lugar en que había de ser fusilado, exclamó: «La venganza será terrible.»

Santiago Salvador cumplió este testamento.

«Un día—cuenta su mujer,—poco después de la muerte de Pallás, vino Salvador á casa con dos bombas ocultas en la faja, y las dejó sobre un vasar. Al otro día las metió en un puchero y guardó éste en el baúl. La noche siguiente me pidió una peseta, y, á pesar de ser el único dinero que había en casa, se la di. Salió de casa, volvió á media noche, y, poniéndose ante mí y como si delirara, exclamó: «*Antonia, mi deber está cumplido; Pallás está vengado.*»

Es la reproducción de Caserio; ambos religiosos primero, después fanáticos, ignorantes campesinos y criminales por venganza política.

CAPÍTULO VII.

Altruísmo.

Aquí surge, para el psiquiatra y para el sociólogo, un difícil problema. ¿Cómo es posible que en estos individuos, locos, criminales para casi todo el mundo, neuróticos y grandes apasionados, se dé un altruísmo que no se encuentra en la generalidad de los hombres, y mucho menos aun en los locos y en los criminales, que son siempre los mayores egoistas del mundo?

Este altruísmo, llevado al último límite, es uno de los caracteres que con gran maravilla encontramos siempre en Vaillant, en Henry, en Caserio y aun en

otros anarquistas bastante más criminales que éstos. P. Desjardins dice á este propósito lo siguiente: «Hay, sin duda alguna, anarquistas malvados; pero la mayor parte son buenos, transformados por una excesiva sensibilidad en malos: se ha dado alguna vez el caso de volverse uno anarquista por ver á su patrón romper un brazo al aprendiz. E. Reclus se distingue por su bondad sin límites» (1).

Sabido es de todo el mundo que Pini y Ravachol donaban casi todo el producto de sus robos á sus compañeros ó en favor de la causa común. He recibido yo una carta de Chicago en que me decían que Spiès era venerado como un santo por sus compañeros, á quienes daba cuanto tenía: ganaba 19 francos por semana y daba dos á un amigo que estaba enfermo; en una ocasión socorrió cuanto pudo á un hombre que meses antes le había insultado groseramente; sus com-

(1) *Revue Bleue*, Diciembre 1893.

pañeros decían que si la causa hubiese triunfado, se hubiera hecho preciso encarcelarle para evitar que su infantil sensibilidad fuera un obstáculo para la revolución anarquista.

Me han referido, á propósito de Palla (un feroz anarquista), que se encontraba, después de un naufragio, en una isla abandonada, en unión de un compañero, cuando una nave, aproximándose á ella, le dió ocasión de salvarse; mas tardando en llegar al barco su compañero, que debía embarcar con él, se impacientó el capitán y dió orden de emprender la marcha. No pudiendo Palla impedirlo de ninguna manera, se tiró al agua, y le obligó así al capitán á detenerse, entretanto que llegó el compañero y estuvo á salvo.

En el periódico *La libre parole* cuenta Drumont del famoso nihilista Stepniak que, después de haber cometido un asesinato político, aprovechándose del aturdimiento y del estupor de la multitud, pro-

pio de los primeros momentos que siguen á un suceso de tal naturaleza, subió en una *troika*, donde le esperaba un cómplice disfrazado de cochero, que estaba encargado de asegurarle la fuga; el amigo, es natural, pensando que no había tiempo que perder, fustigaba al caballo para acelerar su carrera, al ver lo cual Stepniak, le dijo: «Yo soy muy sensible y no puedo ver sufrir á un animal; si tú sigues maltratando así al pobre caballo, me bajo y me entrego á la policía.»

De la indagación de Hammon (1) sobre varios anarquistas resulta que la mayor parte estaban movidos por un exagerado altruismo, una sensibilidad morbosa para los dolores ajenos.

«Me encargasteis—escribía uno—que interrogara á los infelices del hospital donde yo estaba, y el efecto de tal interrogatorio fué espantoso en mi alma;

(1) Dubois, obra citada.

comprendí la necesidad de la solidaridad, y me volví anarquista.»

«¿Que por qué me hice anarquista?—decía otro.—Porque vi de cerca el frío, el hambre y la fatiga de millares de mis compañeros, reducidos á la abyección y obligados á mendigar trabajo, con la cara humedecida por las lágrimas, por un patrono que les rechazaba murmurando en voz baja: «No tengo mi dinero para saciar hambres.»

Ya hemos visto que Caserio lloraba cuando acudía á su mente el recuerdo de la suerte de sus miserables compañeros de la Lombardía.

Mas donde surge potente é infinito este altruismo es en los discursos de todos los anarquistas últimamente condenados á muerte, lo mismo los pronunciados antes de la condena que después; discursos llenos de un fanatismo no simulado, y que no podía predisponer en su favor á los Gobiernos ni á los Jurados. Eran el fruto del más puro entusiasmo,

de que es prueba su misma forma bellísima é intachable, porque el fanatismo convierte en oradores aun á los más ignorantes. Oigamos á Ravachol, ladrón y asesino:

«Si yo hago uso de la palabra, no es para disculparme de los hechos de que se me acusa, porque sólo la sociedad, que por su descabellada organización enciende continuamente la lucha entre unos y otros, es la responsable; ¿qué se ve hoy en toda clase de personas, sino que desean, no diré la muerte, porque esta palabra hace daño al oído, pero si la desgracia de sus semejantes, cuando esta desgracia puede reportarles alguna ventaja. ¿No hace votos un industrial para que un competidor suyo se arruine? ¿Qué quieren todos los comerciantes en general, sino ser los únicos que negociaran en su ramo del comercio? Y un operario que se encuentra sin trabajo, ¿qué hace sino anhelar que por cualquier motivo dejen cesante

á aquel que ocupa el puesto que él desea?

»Pues bien: en una sociedad en que se dan semejantes hechos, no debe nadie sorprenderse de actos como éstos que se me recriminan, consecuencia lógica de la lucha por la existencia latente entre todos los hombres, constreñidos, para poder vivir, á emplear cuantos medios tengan á su alcance. Cuando uno se encuentra estrechado por la miseria, cuando el hambre acosa y el frío hiela, no puede dejarse, como yo no he dejado, de utilizar cuantos medios se tengan para conservar la vida, aun á riesgo de hacer algunas víctimas.

»¿Se inquieta el patrono que despide á sus obreros porque éstos se van á morir de hambre? ¿Se acuerdan los que gozan de lo superfluo de aquellos á quienes falta lo necesario? Ciertamente es que algunos acuden á socorrer á los necesitados; pero son impotentes los poquísimos que lo hacen para remediar á todos los que gimen oprimidos por la miseria y mueren

aniquilados por toda clase de privaciones, ó voluntariamente, suicidándose para concluir con una existencia miserable y no sufrir más el hambre, la vergüenza, las humillaciones innumerables, sin la esperanza de que tengan fin.

»Así han hecho la familia Hayem y la mujer Soubeim, que mataron á sus hijos para no verlos sufrir más tarde; y así han hecho tanta y tanta mujer que, en el horroroso trance de no poder nutrir á un hijo, no han titubeado en comprometer su vida, ahogando entre su seno el fruto de su amor.

»Y todo esto ocurre en Francia, donde reina la abundancia, donde las carnicerías están llenas de carne y las panaderías de pan; donde los vestidos y los zapatos están amontonados en los almacenes, que no tienen un departamento vacío; mas ¿cómo ha de admitirse que todo va bien en la sociedad, si está claro lo contrario?

»Los mismos culpables llorarán por las

víctimas; pero luego dirán que no tienen ellos la culpa, y que cada uno se las valga como pueda. Y ¿qué puede hacer quien carece de lo necesario para vivir? Si no encuentra trabajo, solamente podrá dejarse morir de hambre. Se pronunciarán algunas palabras de piedad sobre el cadáver, y después todo habrá concluído. Ahora bien; yo he dejado esto para los demás, para quien lo quiera, y me he hecho contrabandista, monedero falso, ladrón y asesino. Hubiera podido mendigar; pero esto es vil y degradante, y aun castigado está por nuestras leyes, que hacen de la miseria un delito.

»Si todos los necesitados, en vez de esperar inútilmente, cogieran lo que les es preciso, de donde lo hay, sin reparar en los medios, los satisfechos verían bien pronto cuán peligroso es mantener un estado social en que la inquietud es permanente y la vida está amenazada á todas horas; y se llegaría á comprender que los anarquistas tienen razón

cuando dicen que para tener tranquilidad física y moral es preciso destruir la causa generadora de los delitos y de los delinquentes, y no ya suprimir á los que, antes que morir lenta y horriblemente por las privaciones, prefieren—si tienen un resto de energía—coger violentamente aquello que puede asegurarles un bienestar, aun á trueque de costarles la vida.

»He aquí por qué he cometido yo esos actos que me recrimináis, y que son racional derivación del bárbaro estado de una sociedad que no hace otra cosa que aumentar las víctimas con unas leyes que recrudecen los efectos sin remediar las causas.

»Se dice que es preciso ser muy cruel para quitar la vida á un semejante; mas los que así hablan no tienen en cuenta que nadie se lanza á dar tal paso sino para conservar la propia; y vosotros mismos, señores jurados, que seguramente me condenaréis á muerte, porque así lo creeréis necesario, y que veríais satis-

fechos mi absolución, porque tenéis horror á ver correr la sangre; vosotros mismos, cuando lo creéis útil y preciso, no dudáis en verterla, como yo no dudé; pero con esta diferencia: que vosotros lo hacéis sin correr peligro alguno, y yo lo hice arriesgando mi libertad y mi vida.

»Fijaos, señores, en que la mayor parte de los delinquentes que juzgáis lo son por robo.

»Al crear los artículos del Código, han olvidado los legisladores que no atacaban las causas, sino únicamente los efectos; las causas persistirán siempre, aunque en algún momento dejen de derivarse los efectos; y siempre habrá delinquentes, porque si hoy suprimis uno, mañana surgirán diez.

»¿Qué es preciso, pues, hacer? Destruir la miseria, este germen del delito, asegurando á cada cual la satisfacción de todas sus necesidades ¡Y qué fácil sería esto! Bastaría constituir sobre nuevas

bases una sociedad en la que todo fuera común, produciendo cada uno según sus aptitudes y sus fuerzas, y consumiendo con arreglo á sus necesidades.

»No se vería entonces á los hombres mendigar un pedazo de metal que les hace esclavos; no se vería más á la mujer vender sus gracias, como una vulgar mercancía, por ese mismo metal, que no deja conocer si la afección y el cariño son sinceros; no se verían más hombres como Pranzini, Prado, Anastay y tantos otros que, por lograr el mismo metal, se atreven á matar á sus semejantes. Todo esto demuestra que la causa de todos los delitos es siempre la misma, y es preciso ser insensato para no verlo.

»Si, lo repito: la sociedad es la que hace los malhechores; y vosotros, jurados, en lugar de castigarlos, debíais dedicar vuestra inteligencia y vuestras energías á transformar la sociedad. De un golpe suprimiríais los delitos, y vuestra obra, aniquilando las causas, sería más grande

que ahora es vuestra justicia empleada en reprender los efectos.

»Yo no soy más que un obrero sin instrucción, pero he vivido la vida de los miserables, y siento la iniquidad de vuestras leyes represivas. ¿Dónde habéis adquirido el derecho de matar ó de encarcelar á un hombre que, puesto en el mundo con la necesidad de vivir, se ha visto en la precisión de coger aquello que le hacía falta para alimentarse?

»Yo he trabajado para vivir y para que vivan los míos, y hasta tanto que no hemos llegado al límite en que ya no era posible sufrir más, he sido lo que vosotros llamáis un hombre honrado. Después, me faltó el trabajo y vino el hambre. Y entonces esa gran ley de la naturaleza, esa voz imperiosa que no admite réplica, el instinto de conservación, me impulsó á cometer ciertos delitos, que vosotros ahora me recrimináis, y de los que yo me reconozco autor.

»Juzgadme, señores jurados; mas si

vosotros me habéis comprendido, juzgándome, juzgáis también á todos los desgraciados de quienes la miseria ha hecho delincuentes, de quienes la riqueza ó sólo el trabajo hubiera hecho hombres honrados, y de quienes, por último, una sociedad inteligente hubiese sacado hombres iguales á todos los demás.»

En este discurso se mezcla la pasión política con la criminal, y es la obra de un delincuente nato que quiere justificar sus crímenes; pero en Henry encontramos la pasión pura, con un elevado sentido ético.

Oigámosle:

«El juicio os ha demostrado que yo me reconozco autor de estos hechos. No es mi defensa lo que quiero hacer; no pretendo, de ningún modo, esquivar las represalias de la sociedad, á quien yo he atacado, porque no reconozco más que un solo tribunal, mi conciencia: el veredicto de cualquier otro me es indiferente.

»Quiero tan sólo explicar mis actos, y explicar también cómo fui arrastrado á cometerlos.

»Soy anarquista desde hace poco tiempo, pues sólo desde 1891 me he lanzado al movimiento revolucionario. Viví primero en un ambiente impregnado por completo de la moral actual. Yo estaba acostumbrado á respetar y aun á amar á la patria, la familia, la autoridad y la propiedad. Pero los que educan á la generación actual se olvidan frecuentemente de una cosa, y es que la vida, con sus luchas y sus dolores, con sus injusticias y sus iniquidades, se encarga de abrir los ojos de los ignorantes á la realidad. Esto es lo que me ha ocurrido y les ha ocurrido á todos. Se me había dicho que la vida estaba fácil y generosamente abierta á la inteligencia y á la energía; mas la experiencia me demostró que sólo los cínicos, los viles y los rastreros logran un buen puesto en el banquete.

»Se me había dicho que las institucio-

nes sociales estaban basadas sobre la justicia y la igualdad, y yo no he visto en torno de mí más que mentiras y bribonadas.

»Cada día que pasaba me mataba una ilusión. Por donde quiera que iba, me saltaban á la vista testimonios de los mismos dolores sufridos por los unos, de los mismos deleites gozados por los otros. No tardé en comprender que las grandes palabras que me habían enseñado á venerar: honor, devoción, deber, eran máscaras que encubrían las más vergonzosas torpezas y liviandades.

»El industrial que edifica una fortuna colosal con el trabajo de sus obreros, que de todo carecen, era una persona honrada.

»El diputado, el ministro, cuyas manos están siempre abiertas para recibir el precio del soborno, eran los encargados de velar por el bien público.

»El oficial que había probado el nuevo modelo de fusil, sobre dos niños de siete

años, había cumplido su deber, y el mismo Presidente del Consejo de Ministros le felicitaba en pleno Parlamento.

»Todo esto, que yo veía, sublevó mi espíritu, y le indujo á criticar la actual organización social. Esta crítica se ha hecho ya muchas veces para que yo la repita. Me bastará decir que me convertí en furioso enemigo de una sociedad que me parecía criminal.

»Por un instante me incliné hacia el socialismo; pero bien pronto me alejé de él. Tenía yo demasiado amor por la libertad, demasiado respeto á la iniciativa individual, demasiada repugnancia á las corporaciones, para tomar un número en el ejército matriculado del cuarto Estado.

»He llevado en la lucha un odio profundo, vivificado todos los días por el repugnante espectáculo de esta sociedad, donde todo es bajo, todo es asqueroso, todo es infame; donde todo se enfanga en las pasiones humanas, las tendencias

generosas del corazón y el libre vuelo del pensamiento. Por todo esto, he querido castigar fuerte y justamente cuanto he podido.

»De todas partes se espiaba, se perseguía, se arrestaba á capricho de la policía. Multitud de individuos eran arrebatados á sus familias y arrojados en las prisiones. ¿Qué sucedía á la mujer y á los hijos del compañero encarcelado?

»El anarquista no era un hombre, era una bestia feroz, á la que se daba caza en todas partes, y para la que, la casta burguesa, vil esclava de la fuerza, pedía en todos los tonos el exterminio.

»Al mismo tiempo se secuestraban los opúsculos y periódicos de nuestro partido, y el derecho de reunión estaba violado.

»Pues bien: si vosotros hacéis responsable á todo un partido de los actos de un hombre, y hacéis cuanto podéis por bloquearle, es lógico que nosotros des-

carguemos nuestro odio sobre la masa entera.

»¿Debíamos atacar sólo á los diputados que hacen las leyes contra nosotros, á los magistrados que las aplican y á los polizontes que nos arrestan? No lo creo. Todos estos hombres son instrumentos; no obran en nombre propio; son instituciones constituídas por la burguesía para su defensa, y, por tanto, no son más culpables que los demás.

»Los buenos burgueses que, por no estar revestidos de ningún cargo especial, pasan su vida disfrutando los dividendos producidos por el trabajo de sus obreros, deben también sufrir su parte de represalias.

»En esta guerra sin tregua que hemos declarado á la burguesía, no queremos ninguna piedad.

»Nosotros damos la muerte y sabemos sufrirla, y por esto espero vuestro veredicto con indiferencia. Sé que mi cabeza no será la última que caiga, porque los

muerdos de hambre comienzan á interrumpir las calles que conducen á los *Terminus* y á los restaurants *Foyot*; vosotros añadiréis más nombres á la lista sangrienta de nuestros muertos.

»Ahorcados en Chicago, decapitados en Alemania, agarrotados en Jerez, fusilados en Barcelona, guillotizados en Montbrisson y en París, han muerto muchos de los nuestros; pero no habéis podido aniquilar la anarquía. Sus raíces son muy profundas; ha nacido en una sociedad putrefacta y que se desgaja y se derriba; es una reacción violenta contra el orden establecido, y representa las aspiraciones de igualdad y de libertad, con que venimos á batir en la brecha al autoritarismo actual. Es indomable, y concluirá por vencerle y matarle.»

Recuerdan estas palabras, por su belleza, las de la moribunda nihilista de Rusia, que antes hemos referido, y en las que se destaca la pasión pura dominando á toda otra cosa, fenómeno que se

trasluce también en las últimas frases de Vaillant:

«Hace mucho que respondéis á nuestras voces con la cuerda ó con la horca; no seáis ilusos; la explosión de mi bomba no es el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de una clase que reivindica sus derechos, y que de ahora en adelante unirá los hechos á las palabras.»

Para explicar esta contradicción de dos sentimientos opuestos, el altruismo y la crueldad, que aparece tan claramente en Vaillant, Henry, y en sus predecesores, es preciso tener presente lo que ocurre á los histéricos, entre los que estaba Vaillant.

La histeria, que es la hermana de la epilepsia, y que conduce, como ella, á la pérdida de la afectividad, se muestra aquí como una tendencia de altruismo excesivo, que prueba cómo éste no es más que una variante de la locura moral.

«He visto algunas—escribe Legrand du

Saulle (1)—que se asociaban á todas las buenas obras de su parroquia; pedían para los pobres, trabajaban para los huérfanos, visitaban á los enfermos, solicitaban ardientemente la caridad de los demás, y realizaban un gran número de prácticas caritativas, descuidando por ellas á los maridos, á los hijos, y abandonando sus faenas domésticas.

»Estas mujeres hacen una beneficencia llena de ostentación y de vanidad; crean una institución caritativa con el mismo ardor con que unos caballeros de industria emprenderían un negocio financiero de hiperbólicos dividendos.

»Estas mujeres van, vienen, se multiplican, tienen inspiraciones de una luz infinita en medio de las luchas y de las catástrofes públicas, y afectan no recibir, por natural rubor, los tributos de admiración de los afligidos llenos de agradecimiento y de los espectadores en-

(1) *L'hystérisme*, 1880.

ternecidos. Cuando una familia ha sido herida en el honor, en la esperanza, en la fortuna ó en la felicidad, la histórica caritativa tendrá arrojos sorprendentes y espontaneidades conmovedoras.

»La histórica caritativa puede aumentar los rasgos de valor que se citan y repiten, concluyendo al fin por ser legendarios. En un incendio podrá demostrar una gran presencia de espíritu, salvando á un enfermo, á un anciano ó á un niño; en una insurrección se opondrá ella sola al ejército de los revoltosos; en las inundaciones, desplegará un heroísmo sin límites.

»Cuando al día siguiente del incendio, de la insurrección ó de la inundación, interrogáramos ó examináramos á esta heroína, la oiríamos decir cándidamente, completamente abatida: «No sé qué es lo que he hecho; no tenía conciencia del peligro.»

El sacrificio ha llegado á ser para estas enfermas una necesidad, y practican las

reglas de la virtud por la misma causa patológica que podría impulsarlas á la estafa y á la calumnia; y he aquí por qué muchas veces son á un tiempo santas y criminales. Es notable que muchos criminales hayan tenido rasgos de caridad verdaderamente singulares, arriesgando la vida por salvar á un gato, un pájaro ó un niño, aun en el mismo día en que han cometido un asesinato.

Y es que nuestra parte psíquica está sujeta, como nuestros nervios, á la ley de los contrastes; después de practicar el bien, se inclina al mal, y después de emplear la crueldad, se inclina á la bondad, como la retina cansada ve rosa el color verde, y viceversa. Añádase á esto que en muchos individuos la criminalidad consiste especialmente en la impulsividad, en el ataque violento que les impele á una acción dada; y esta acción, criminal y violenta casi siempre, puede surgir en hombres que no sean malvados, como los epilépticos, que fuera del

acceso pueden ser modelos de bondad.

Hay otros aun verdaderamente criminales que, sintiéndose anómalos, sintiéndose como fuera de la órbita humana, anhelan entrar en ella, cubriendo sus malvados instintos con el barniz del altruismo.

Por último, no es raro encontrar que la tendencia criminal se cambie en revolucionaria, porque ésta, además de satisfacer los instintos impulsivos, les ofrece un aspecto de generosidad que les permite á veces conquistar alguna influencia hasta sobre los hombres honrados, influencia que ha de ser, naturalmente, su más vivo anhelo, porque al fin son vanidosos hasta la megalomanía. Y esto explica también que en algunos casos se encuentre una relativa honradez en los delitos. Así, Engel y Flegger robaban para la causa anarquista, pero no retenían nada para sí.

En otros casos se explica la contradicción porque, cuando se asocian muchos para cometer un delito político, con el

fin altruista de favorecer á la comunidad ó al partido, en la conciencia de los autores, y aun del público, el crimen tiene poca gravedad, sea porque «pecado de todos, pecado de ninguno», ó sea porque, en concepto del mundo, el fin altruista justifica algunas veces el uso de medios no muy correctos. (G. Ferrero, en la *Nuova Rassegna*, 1894.)

El cometer una acción vergonzosa para beneficiar á un tercero y no á sí mismo (por ejemplo, pedir limosna para otro, aunque se esté en las mismas condiciones que él), no produce mal efecto en los demás, y parece en algunas ocasiones obra meritoria. Y así se explica que individuos que no han nacido perversos, cometan acciones nefandas, y tanto más si se considera á qué enorme ceguera conduce el fanatismo; y así se explica también cómo los verdugos de las inquisiciones podían ser gentes pías y honradísimas, aun realizando obras dignas de asesinos. Dice muy acertadamente Desjardins

que á muchos la misma bondad les arrastra al delito, porque creyendo buenos á todos los hombres (Reclus y Krapotkine sostienen, contra mi opinión, que los salvajes en el fondo son buenos y honrados), tienen como un derecho á castigar á aquellos que, no siéndolo, perjudican á la humanidad. «*Nosotros concluimos por execrar á algunos á fuerza de amar*»— escribe Randon (1).

Cuando al fanatismo se une la crueldad y surge el delincuente nato, es natural que tome tintes más sanguinarios, tintes que se conservan, podría decirse casi profesionalmente, en aquellos individuos que no eran verdaderos criminales, sino sólo apasionados.

Alguno se maravillará de que una idea tan poco lógica y tan absurda como la anarquía, haya podido fanatizar á tantos hombres; pero es que, si bien la idea es descabellada, no lo son todos sus funda-

(1) *Revue Anarchiste*, 15 Noviembre 1893.

mentos, no lo son las ideas justas admitidas por casi todos estos fanáticos. Además ocurre que el fanatismo corre siempre derecho á las ideas más abstrusas y á las menos seguras y practicables.

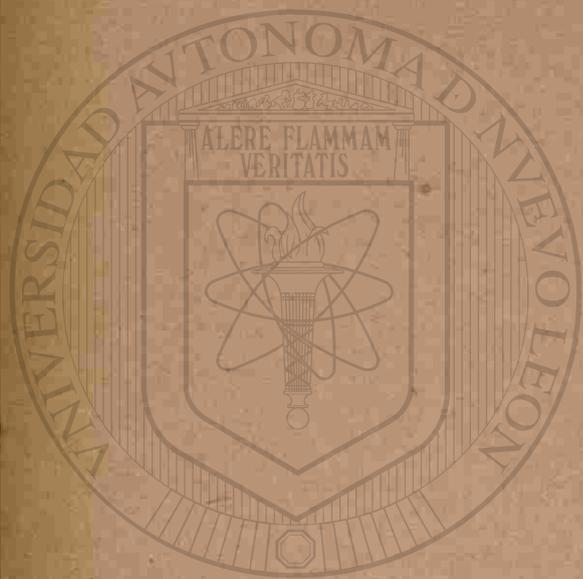
Encontraréis cien fanáticos por un problema de teología ó de metafísica, y no encontraréis ni uno por un teorema de geometría; cuanto más extraña, rara y absurda es una idea, tanto más arrastra á sí á los locos, apasionados é histéricos, especialmente en la esfera política, donde todo desastre ó todo triunfo privado se transforman en un desastre ó triunfo público; donde, por último, la misma muerte tiene una resonancia que recompensa al fanático, no sólo de la pérdida de la vida, sino de las más horribles torturas. ¡Oh! ¡Cómo ignoran la historia y la psicología humana los que están inventando nuevas penas para todos estos individuos!

Mas se dirá: si estos raros altruistas son todos ó locos ó fanáticos, ¿cómo es que sus obras llevan el sello de una seria

premeditación ó de un plan estratégico?

Es fácil responder que los planes estratégicos y los complots son sueños de una policía impotente; serán á lo más acuerdos de cinco ó seis personas, porque los locos y los apasionados no tienen nunca más cómplices; mas su obra lleva el sello de la perversión. ¿Qué mayor prueba de esto que el escoger feroces medios para herir á inermes ciudadanos, á quienes ni siquiera conocen, como hicieron Lieuthaut y Vaillant? ¿Y qué mayor prueba de perversión que el creer que se hace un beneficio matando?

«La mayor parte de los anarquistas— escribe Burdeau— pertenecen á la familia de los *asesinos filántropos*.» «¡En su locura— continúa Burdeau,— matan á los hombres por amor hacia ellos!» Y es aún mayor su locura al pretender matar, sin que á ellos los maten, y gritar «¡venganza!» cuando se les aplica la ley del Tali6n y se recurre á sus mismos medios contra ellos.



CAPÍTULO VIII.

Neofilia.

No es el altruismo el único signo característico de los anarquistas; lo es aún más la falta del misonéismo propio de todos los hombres, y principalmente de los de escasa cultura, como son casi todos los que venimos examinando.

En la indagación hecha por Hammon entre los anarquistas, para averiguar cómo se hicieron partidarios de tales ideas, la respuesta más frecuente era: «Porque tenía en el ser un espíritu de rebelión y de venganza, provocado por casos personales ó especiales lecturas.» «Yo he sufrido la más horrible mise-

ria—escribe Vogt, obrero de veinticuatro años;—estuve dos días sin comer, y el espíritu de rebelión se *reveló en mí.*»

«Me castigaron en la escuela comunal—dice otro;—me insubordiné y huí.»

«Leí á Víctor Hugo—confiesa un tercero,—y mi espíritu se sublevó contra la opresión actual.»

Y de igual modo existe en la mayor parte esta tendencia, á la insubordinación, congénita y hereditaria, que surge sin causas determinantes. «Yo tenía—decía un cuarto anarquista—desde niño horror al maestro y al patrono; todas las veces que me mandaban algo, la primera idea que se me ocurría era no hacerlo; fui en el colegio el modelo de muchacho indisciplinado.»

«Fuí expulsado de todos los colegios—dice otro—porque no hacía más que trastornarlo todo.»

Henry era hijo de un feroz comunardo, como Padelewski era hermano, so-

brino carnal y sobrino segundo de revolucionarios.

Depende esta neofilia, en una gran parte, de la neurosis.

Ya he demostrado yo en muchas de mis obras que, mientras todos los hombres experimentan algo de repugnancia hacia todo lo nuevo, los locos, criminales natos y apasionados, sienten hacia ello una imperiosa atracción, que, dada su poca cultura y su enfermedad, se manifiesta en inútiles bizarrías y originales crueldades.

El criminal es, ante todo, por su naturaleza impulsiva y por odio á las instituciones que le reprimen, un rebelde político perpetuo, que encuentra en el motín el medio de desfogar sus pasiones y verse alguna vez aclamado por un gran público.

En mis *Palimpsesti del cárcere* explico cómo la necesidad de las innovaciones, el mal humor político de los reos natos, tiene un gran fundamento en su misma

personalidad. «La Italia es libre—digo en los citados *Palimpsesti*;—mas nosotros estamos igual que si no lo fuera. Boulanger manda en todo. Los ricos roban á los pobres; los pobres se roban á sí mismos; todos son siervos del interés» (página 147).

Es indudable que estos individuos ven, acaso inspirados por sus mismas pasiones, los defectos del Gobierno que les rige, con más claridad y prontitud que los hombres normales; y aun en esta misma facilidad para ver lo malo de las instituciones, encuéntrase una causa que añadir á la ya dicha de la natural impulsividad, que les arrastra á colocarse en los primeros puestos de las revoluciones.

He dicho también en los mismos *Palimpsesti*, que, en medio de la maldad y la perversidad que es propia á esta clase de individuos, he encontrado á veces una genialidad que es muy rara en el hombre normal, seguramente debida á que los criminales adquieren en su degeneración

una fuerte irritación cortical, que los demás hombres no tienen.

Genialísima es la lírica de Verlaine cuando describe un patio de criminales (página 248), y no está desprovista de justicia esta sátira al Gobierno:

«¡Oh, Código penal! ¿Por qué castigas la estafa con penas severísimas, mientras el libre Gobierno de Italia es, con el inmoral juego de la lotería, el jefe de los estafadores?»

He encontrado un estudio de los daños que pueden producir los estudios arcáicos, en el que podrían fijarse muchos Ministros de Instrucción pública aficionados á remachar la cadena de los clásicos.

Aun las frases asquerosamente lascivas de aquella feroz prostituta que discurre acerca de sus futuros clientes, son de una potencia y una novedad extraordinaria (pág. 101).

Son fugaces destellos, pero confirman la existencia de ese contraste, de dos lu-

cideces intelectuales de que el hombre normal no es capaz, siendo, como es, habilísimo crítico, pero nada creador.

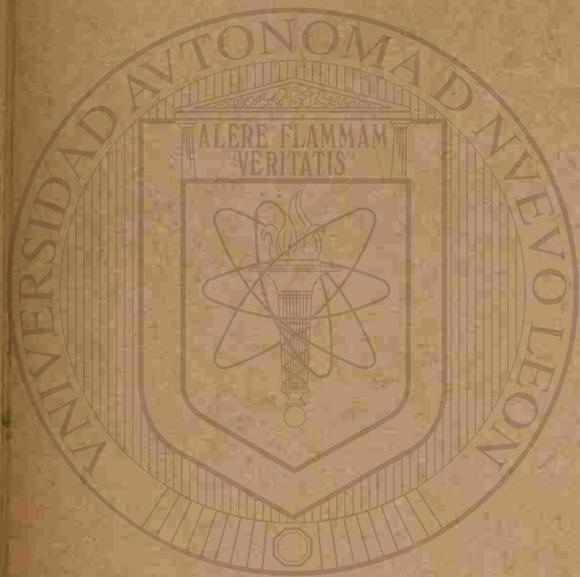
Y es que en estos anómalos prepara el terreno la carencia de todo misonismo, y en el hombre común, en el hombre regular, este misonismo domina en sus actos y en su inteligencia.

Aquéllos odian el estado presente, no creyéndole de un orden natural, sino considerándole como consecuencia de un Gobierno que les refrena y les castiga; añádase que, además de ser más impulsivos que la generalidad, están más inclinados á la acción y á tomar como pretexto cualquier bandera, bajo la que puedan desahogar sus indómitos instintos.

No es muy difícil en el anarquista vencer el odio á lo nuevo, porque se trata de un regreso á lo antiguo; y para muchos es tanto más fácil, cuanto que en ello entran los intereses personales, la esperanza de salir de la miseria, y el

hombre tiende á encontrar bueno y cierto aquello que le acomoda.

El hecho es, por otra parte, notorio. Ya los filósofos griegos habían revelado este fenómeno. Sócrates escribía que las rebeliones derivaban de él y que duraban poco en las que no había intervenido; y decía también que en una época dada (que fijaba con una serie de fórmulas geométricas, como hizo más tarde Ferrari) nacen hombres viciosos y totalmente incorregibles. Aristóteles, que lo comenta, añade: «Es cierto: indudablemente hay hombres incapaces de ser virtuosos y de ser educados; mas ¿por qué estas revoluciones acaecen en un Estado perfecto?»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IX.

Profilaxis.

Dicese que para curar la plaga de la anarquía no hay más medios que el fuego y la muerte.

Encuentro justo y razonable que se tomen medidas enérgicas contra los anarquistas, siempre que no sean tan exageradas como las actualmente tomadas en Francia é Italia, efecto de momentáneas reacciones, impulsivas como las causas que las han producido, y capaces á su vez de conducir á nuevas violencias.

No soy yo, ciertamente, enemigo de la pena de muerte; pero sólo la acepto tratándose de criminales nacidos para el

mal, cuya vida sería un constante peligro para la de muchos hombres honrados: por esta razón no hubiera yo dudado en condenar á tal pena á Pini y á Ravachol; pero si hay algún gran crimen al que no deba aplicarse, no ya la pena capital, sino ni aun las penas graves, y menos las infamantes, me parece que es el de los anarquistas.

En primer lugar, porque la mayoría no son más que unos locos, y para los locos está el manicomio, no la horca ni el presidio; y además, porque hasta cuando son criminales, su altruismo les hace dignos de alguna consideración, pudiendo ser, una vez encaminados por nuevas sendas (y la naturaleza, por ejemplo, histérica de Vaillant y Henry, podía dar grandes esperanzas), utilísimos á la sociedad para la que antes eran un peligro. A Luisa Michel la llamaban en Nueva Caledonia la *Virgen Roja*, por sus caritativos desvelos en beneficio de los enfermos y de los infelices.

En otros muchos reos de ocasión ó de pasiones desequilibradas por una insuficiente educación, por un exceso de sentimentalismo ó por la miseria propia y ajena, no aplicaríamos la pena de muerte aun cuando para nada entrara la pasión política en su delito (1).

Es además preciso considerar la extrema juventud de casi todos: Langs, veinte años; Schwabe, veintitrés; Caserio, veintiuno, etc., y que si en esta edad la audacia y el fanatismo llegan á su máximo, es para atemperarse después; por eso es común en Rusia decir que todo hombre honrado es nihilista á los veinte años y conservador á los cuarenta.

Es menester también no olvidar que no se extingue una idea con la muerte de los que la lanzan al mundo y la sostienen; muy al contrario, ocurre con frecuencia que la aureola del martirio es un incentivo que la hace crecer y propa-

(1) FERRI, *Discorso parlamentare*, 7 Julio 1894.

garse; en tanto que si la idea fuera estéril, ella sola caería; de otro lado, así como es imposible en el corto período de la vida juzgar acertada y concluyentemente á un hombre, así también es efímera la existencia de una generación para poder lanzar con seguridad sobre determinada idea el calificativo de falsa, y aplicar en su consecuencia una pena tan radical como la de muerte á los defensores y propagadores de la tal idea.

Además, la supresión de estos propagadores no tiene otro fin que el de evitar fatales reincidencias en el mismo sentido que el primer delito, porque sería ilusoria candidez el pretender aniquilar el fanatismo y la neuropatía, que más se exaltan que se borran con el castigo: no había aún muerto Ravachol, y ya era un semidiós, un dios verdadero; se compusieron himnos en su honor, y á la *Marsellesa* substituyó la *Ravachola*. Dubois, de quien hemos tomado estas noticias, dice que la anarquía ha progresado más

en donde han tenido lugar los procesos y las represiones violentas, que le han servido de propaganda; por ejemplo, en Rohan, Viena, Grenet, S. Etienne, Nimes, Bourg; en Fourmies surgió la anarquía á consecuencia de las sangrientas represiones de las huelgas.

Hemos visto que en Barcelona y en el mismo París, después de las severas penas impuestas á los anarquistas que arrojaron las bombas al general Martínez Campos y en los teatros, se han cometido atentados y crímenes iguales y aun más graves; y recientemente ha asesinado Caserio á Mr. Carnot, uno de los hombres de Estado más íntegros y más queridos de su pueblo.

No puede reprocharse á Francia el haberse mostrado débil con los anarquistas; mas al aumento de las represiones ha respondido el aumento de los atentados, y entretanto, en Inglaterra y en Suiza, sin pena ninguna especial, se ha paralizado el movimiento anar-

quista y no ha causado grandes daños.

Una prueba bien patente y en grande escala de la inutilidad de las leyes excepcionales, nos ha dado desde hace tiempo Rusia, donde á cada una de las horribles represiones (y han sido éstas tales como la muerte lenta y solitaria en las minas y cementerios de Siberia) han seguido nuevos y más violentos atentados.

«El fuego de la tendencia revolucionaria—escribe el ilustre pensador G. Ferrero (*La Riforma Sociale*, 1894, página 986) — excita la fantasía de unos cuantos ilusos, fanáticos y sugestionables, que pululan en nuestra sociedad y que son siempre un elemento importante en todas las revoluciones. Hay en toda sociedad una cantidad de gente que tiene necesidad de admirar el martirio, de entusiasmarse con él y aun de sufrirlo en ocasiones; que goza con ser perseguida y con creerse víctima de la tiranía y la maldad humanas; que escoge el partido político que más peligros pre-

senta, imitando en esto á los alpinistas, que buscan para una ascensión la montaña en que son mayores los precipicios y es más inaccesible el camino. Para todos éstos no hay ningún excitante mayor para que abracen las teorías anarquistas, que las persecuciones severas y fuertes de que se hace gala. Nada hay más peligroso que proporcionar á su fantasía el cadáver de un ajusticiado. Vaillant, ajusticiado, resulta un mártir; su sepulcro es sitio de peregrinación continua; la leyenda surge, crece, florece, alimentada por esta lluvia de sangre, que fué en todas las leyendas el más incitante elemento.

».... Se creía cortar con la guillotina las siete cabezas de la hidra anárquica, y ha sucedido, por el contrario, que la anarquía en vez de concluir bajo los golpes de las leyes y de la infamia, no sólo ha tomado nuevo vigor, sino que ha mejorado mucho la clase y el tipo de sus héroes. Esta, por llamarla así, purificación de la anar-

quía es en realidad uno de los aspectos menos comúnmente observados, pero el más importante en los sucesos horribles de nuestros días. El primer héroe de la anarquía en estos últimos años fué Ravachol: un tipo feroz de criminal nato, sanguinario, homicida por robo; una verdadera bestia humana, que desahogaba en la política sus feroces instintos. Después tenemos á Vaillant, que, sin ser immaculado, era mucho mejor que el primero; había cometido robos y estafas, mas no había asesinado. A él sigue Henry, un joven algo desequilibrado y apasionado, mas de una conducta irreprochable, que logró con su discurso en el Tribunal de Assises — ¡tan profunda y sincera convicción se traslucía en él! — impresionar aun á sus más encarnizados enemigos. El último, Caserio, era sin duda un fanático honrado, que jamás cometió un delito común, que era incapaz de cometerle, y que tan sólo la ceguedad de la pasión política pudo impul-

sarle á hacer lo que hizo. Después de año y medio de represiones violentas se encuentra el Gobierno francés, como todos los Gobiernos de Europa, con este resultado maravilloso y en verdad consolador: que mientras la anarquía reclutaba antes sus héroes entre los candidatos al presidio, los encuentra ahora entre los hombres honrados á quienes el fanatismo ó un exagerado espíritu de sacrificio arrastra á la muerte con la misma resolución característica de los mártires de todas las doctrinas pasadas.

» Mas no basta; no sólo la anarquía se purifica, sino que es cada vez más audaz. Los legisladores, que creían espantarla con lo que parece el último talismán mágico de la sociedad civil, deben estar aterrorizados al verla atacar cada vez con más bríos á la sociedad, y atacarla de frente, sin ocultarse, no obstante el lujo de fuerzas desplegado contra ella. Desde Ravachol, que ponía las bombas á hurtadillas y huía, asegurándose siem-

pre el momento de la fuga, hemos pasado primero á Vaillant y á Henry, que arrojan personalmente las bombas en un café ó en el Parlamento, en medio de una gran multitud, con la certeza casi absoluta de ser vistos y arrestados, y después á Caserio, que se sirve del puñal entre una inmensa muchedumbre, sin que pudiera abrigar la menor esperanza de librar su cabeza de la guillotina. Del hombre asustado que comete el delito, por decirlo así, anónimo, hemos llegado al hombre que fríamente entrega su vida por quitársela al ser odiado, y realiza el atentado con la firme persuasión de que desde aquel momento ha perdido su cabeza.

»Estos fenómenos dolorosos, que aterrorizan á los estadistas empiricos y superficiales, no sorprenden á los que conocen un poco á los hombres y la historia. Esta purificación de la anarquía es consecuencia directa de la persecución. Fácilmente se explica por qué los primeros

atentados fueron cometidos por un delincuente verdadero, como Ravachol, y no por algunos fanáticos honrados, entre los que tantos secuaces recluta ahora la anarquía. Si bien es cierto que la moral política y la moral individual están frecuentemente en desacuerdo, como he demostrado en otro artículo; si bien es cierto que muchas veces un hombre honrado é intachable puede cometer, con fines políticos, acciones criminales, hubiera sido muy difícil que sin provocación directa y muy fuerte se decidiera nadie, bueno en el fondo, á comenzar la serie de peligrosos y crueles atentados de que ha sido teatro Francia en estos últimos tiempos. La primera idea debía ser el capricho feroz de una imaginación de criminal nato, que á sangre fría, y á pretexto de las persecuciones, entonces poco graves y duras en verdad, contra sus compañeros, pero en realidad para dar suelta á la innata maldad, se quiere divertir haciendo volar las casas de algu-

nos magistrados, y encontrando bien el juego, le continúa hasta que le cogen preso. Mas después vinieron las persecuciones serias, las leyes excepcionales expresamente votadas, los repetidos guillotamientos; surgió la leyenda del martirio anarquista, y todo esto fué suficiente para empujar por el camino de los atentados á los fanáticos, hasta entonces intachables, secuaces del partido, á quienes no hubiera impulsado otra causa; mas cuando han empezado á ver á sus correligionarios encarcelados por centenas, sus periódicos secuestrados, la cabeza de algún amigo rodar al cesto de la guillotina, han debido sentir excitados aquellos sentimientos altruistas y de solidaridad política que tan vivos son siempre en los partidos extremados y en los fanáticos. Es preciso pensar que Vaillant, Henry, todos los anarquistas encarcelados, tenían ó tienen en el partido amigos fieles, en los que la comunidad de ideas, de peligros, de vida, de fanatismo,

estrecha la amistad hasta un punto que nosotros no podemos concebir; es preciso pensar que en estos seres las persecuciones contra sus compañeros excitan su ira, como excitaría la de los sabios y hombres científicos de toda Europa la noticia de que el Czar habia mandado á la Siberia á algún gran pensador por el delito de investigar; es preciso pensar que esos fanáticos ven castigados á sus amigos, precisamente por ser secuaces de la idea que ellos adoran, y de cuya comunidad ha surgido principalmente la íntima amistad con los perseguidos; y después de pensar en esto, no es difícil comprender por qué, apenas comenzaron las persecuciones, el tipo del *atentador* se ha mejorado y los delinquentes han sido desde aquel momento fanáticos honrados, hombres en quienes el sentimiento de solidaridad está más arraigado y en quienes por un desequilibrio moral la necesidad del sacrificio es patológicamente intensísima.

«En íntima conexión con esto se halla el otro hecho: el aumento de valor y de audacia. Cuanto más fanático sea el autor de los atentados, más indiferentes le son sus consecuencias; impulsado por el placer del sacrificio, cometerá su delito á cualquier precio, aun teniendo la seguridad de que ha de ser preso, juzgado, condenado á muerte y ejecutado. Un dinamitero como Ravachol, que comete el delito por innata perversidad, procura asegurarse la fuga, y le prenden, gracias á una ligereza; pero un dinamitero como Henry, ó un presidenticida como Caserio, que consuman el atentado por fanatismo, lo hacen sabiendo que les cuesta la vida, sin prepararse la fuga y sin cuidarse de ellos mismos.

»..... Es una ley histórica de incontrarrestable fatalidad que la violencia excita la violencia; y en recientes hechos hemos visto su dolorosa confirmación. Observad lo que en pequeño ha pasado en Italia, y tendréis idea de lo que en ma-

yor escala ha ocurrido en Francia y en España. Crispi parece ser una especialidad para los atentados: en pocos años ha sido objeto de dos, en tanto que los demás políticos italianos no han sufrido ninguno: nadie ha pensado en atentar á la vida de Depretis, por ejemplo. ¿Cuál es la razón de esta diferencia? Que Crispi, entre todos los políticos italianos, es el que tiene mayor prurito en resolver las cuestiones con la fuerza; y por este camino, él mismo polariza, por así decir, la *ideación* de sus enemigos hacia el uso de la violencia, y les arrastra con la sugestión de su mismo ejemplo. En cambio, Depretis, que ha preferido emplear la astucia y la habilidad, jamás ha excitado propósitos violentos, como no los han excitado los estadistas templados: como Cavour, Gladstone y, en general, todos los políticos ingleses que han usado siempre que han podido de la persuasión moral, no de la fuerza brutal. El mismísimo fenómeno se ha observado en Fran-

cia, donde los atentados criminales del partido anarquista han redoblado en intensidad, desde el momento en que el Gobierno comenzó á aplicar la fuerza en todas sus formas, á las represiones de los atentados; porque todos los propósitos y los deseos de rebelión les fueron directamente excitados.

»Puede objetársenos, es cierto, que si el Gobierno español y el francés han usado las represiones por la fuerza, lo han hecho provocados por la barbarie de los anarquistas; mas es preciso reflexionar que en esta lucha el Gobierno y la clase más elevada, más rica, más poderosa y más instruída, deben dar ejemplo de racionalidad, de calma y de sangre fría, sin recurrir ciegamente, apenas aparece el peligro, al terror y á la guillotina, que crean mártires y excitan al partido cuyo espíritu de lucha y resistencia se quiere destruir.»

Las represiones violentas tienen además la cualidad de ensorbercer á los

anarquistas, haciéndoles creer que tienen en sus manos los destinos de los pueblos, y también la de inducir á las clases más elevadas, cuya repugnancia á la nueva idea es el mejor baluarte á las furias de estos locos.

Por el contrario, el enviar á un manicomio por lo menos á los epilépticos é histéricos, sería una medida más práctica, sobre todo en Francia, donde el ridículo mata; porque al paso que los mártires son venerados, los locos producen risa, y nunca un hombre ridículo fué peligroso.

De otra parte, las medidas internacionales son inútiles, toda vez que los anarquistas no tienen un punto común de reunión.

A cada momento está la cándida policía descubriendo pistas que al momento se pierden; y ¿cómo no ha de suceder así, si el principio del anarquismo es la exageración del individualismo, y, por tanto, la negación de toda dependencia ó subordinación?

A mayor abundamiento, hay países en que, por la moderación de sus leyes y por su buen gobierno, ni existe la anarquía ni podría en ellos arraigar; y éstos es evidente que no se asociarán á las naciones infestadas para tomar draconianas medidas, que les deshonrarían.

Podrían todos, sin embargo, adoptar algunos acuerdos de policía, comunes, pero no violentos, tales como retratar á los adeptos de la anarquía militante; la obligación internacional de denunciar el cambio de residencia ó domicilio de las personas peligrosas; el envío á los manicomios de todos los epilépticos, monomaniacos y locos tocados de anarquismo—medida más seria de lo que se cree á primera vista;—la deportación perpetua de los individuos más temibles á ser posible, á las islas despobladas y aisladas de la Oceanía; la prohibición á los periódicos de publicar los procesos anarquistas; la demostración en forma popular y anecdótica, por medio de mi-

llares de folletos, de la falsedad de estas ideas anarquistas, y por último, el dejar á las poblaciones en libertad de manifestarse contra los anarquistas, aun con hechos violentos (1), creando así una ver-

(1) Como se ve, esta última medida sería una especie de consagración de la ley de Lynch. Ahora bien: convendría distinguir cuáles son los pueblos que reúnen aptitudes para ejercer el magisterio represivo de un modo directo, sin representación, en los casos extraordinarios en que se necesite incoar el rápido y, en nuestro concepto, eficaz proceso del *lynchamiento*. En pueblos nuevos, vigorosos y sanos, como San Francisco de California, por ejemplo, se explican perfectamente los beneficios alcanzados en la práctica de este peligroso procedimiento (recuérdense los maravillosos resultados de los Comités de vigilancia de 1851 y 1877), que puede dar motivo, por otra parte, á tan grandísimas injusticias; pero á sociedades vetustas, donde las pasiones y el espíritu de bandería están muy desarrollados, no es posible, en manera alguna, dejarlas que reintegren por sí mismas el derecho violado; que administren directamente la justicia; que ejerzan, en fin, las funciones inherentes, propias y peculiares del poder judicial. Sobre este interesante punto, véase González Lanuza, *La Ley de Lynch*, discurso; Froilán Cuervo, *Idem id.*; refutación; Garofalo, *Scuola positiva*, de 15 de Agosto de 1893; Dorado Montero, *Revista ge-*

dadera leyenda antianarquista popular, precisamente en aquel medio que ellos, con especial interés, tratan de seducir.

Pero todas estas medidas son procedimientos de los que un médico llamaría momentáneos ó paliativos, para no hablar de los absurdos que harían recordar la máxima: *Videbis quam parva sapientia regitur mundus.*

«¿Qué decir—repetiremos con Ferrero—de las leyes recientemente sancionadas? Entre otros errores, cometen el de confundir torpemente á los anarquistas con los socialistas; los primeros no tienen bibliografía, ni aunque la tuvieran harían uso de ella, por lo que las leyes, queriendo castigar á unos, castigan á los que son precisamente sus más encarnizados enemigos.

»Todos aquellos que de cerca hayan seguido el movimiento anarquista, sabrán

neral de Legislación y Jurisprudencia de Marzo y Abril de 1893, y Problemas jurídicos contemporáneos.

que los grandes centros de publicación de libros anarquistas están en el extranjero, y que del extranjero llegan casi todos los periódicos y opúsculos de propaganda que circulan en Italia; razón por la cual, la reciente ley no causa gran trastorno á los anarquistas.

»Pero es que la ley sería igualmente inútil, aunque éstos tuvieran en Italia una floreciente bibliografía, pues en cierto modo la publicación de libros es un pararrayos; porque cuanto más escriban é impriman los anarquistas, menos tiempo les queda para obrar y para buscar el medio de dar salida á sus políticas pasiones en los atentados ruidosos. He encontrado la prueba de esto en un párrafo de una carta que Caserio escribió desde Francia á un amigo, en que dice así: «En cuanto á la propaganda, camina aquí, en Francia, rápidamente, mas sólo por el hecho, puesto que el Gobierno ha prohibido la publicación de periódicos anarquistas, y secuestra los fondos y

»la correspondencia.» Por otra parte, el periódico ha mejorado algo nuestra vida política, sustituyendo con los artículos injuriosos las luchas armadas que en muchas ocasiones sostenían los partidos rivales; y aun hoy todavía, los mismos partidos conservadores recurrirían á la violencia si no pudiesen desahogar la ira contra los enemigos políticos, escribiendo ó haciendo escribir; ¿por qué no ha de suceder con los anarquistas? Es una verdadera desgracia que el partido anarquista no haya tomado aún las aficiones y costumbres literarias y periodísticas de otros partidos, porque es indudable que si así fuera, si en Liorna hubiesen tenido un periódico regular y hábito de escribir, hubiesen emprendido una ultrajosisima campaña, pero no hubieran cosido á puñaladas al periodista adversario.

»Se dirá que las publicaciones anarquistas deben ser objeto de enérgicas represiones, porque difunden el contagio de las ideas y de las teorías. Mas así

y todo, es ingenuo creer que sea posible esa represión, ó al menos que sea fácil: el libro es hoy el verdadero Proteo de la vida; es un instrumento tan ágil, tan fino y tan poderoso, que querer dificultar su vida un Gobierno que no tenga los inmensos medios coercitivos del Gobierno ruso, vale tanto como pretender sujetar el viento con una cadena. Y después, aun cuando todas las publicaciones anarquistas fuesen sorprendidas, no por eso cesaría la propaganda, supuesto que se hace con más frecuencia oralmente que por medio de la imprenta, como sucede con toda propaganda dirigida á un público grosero é ignorante.

»..... La violencia es siempre inmoral, aunque se emplee en contra de la violencia.» Los pueblos y las sociedades superiores serán aquellos que sepan contrarrestar la fuerza brutal sin hacer uso de ella. Lejanamente se da hoy una vaga imagen de la ciudad futura en Inglaterra; allí el Gobierno da frecuentemente á su

pueblo el ejemplo de la confianza en la fuerza moral, y siente su propio deber de no excitar los instintos brutales que reposan en el fondo de todo espíritu humano, aplicando á la represión de rebeliones pasajeras de las masas las medidas violentas.

«¡Qué fortuna seria para la Europa el que este sistema de templanza aplicado en Inglaterra al tratamiento de los movimientos antes dichos, fuese aplicado al tratamiento de las más agudas enfermedades sociales, como los atentados anarquistas!»

MEDIDAS PROFILÁCTICAS.— A otras oportunas y más importantes medidas hay que recurrir.

Es preciso, como remedio para los anarquistas de ocasión, reos por miseria, contagio ó pasión, curar el malestar crónico de los países en que la anarquía tiene sus gérmenes y su verdadero campo de acción; curar, como diría el médico, las raíces del empobrecimiento general,

causa de la local enfermedad, y curarlo con urgencia, sin paliativos, llegando al fondo.

Necesario es, ante todo, cambiar la base de nuestra educación práctica, que tal como hoy está, de la contemplación de la belleza, y aun más, de la fuerza sin un fin práctico, conduce á la rebelión, á la indisciplina, á hacer de la violencia un ideal.

Ya lo he demostrado yo esto ha tiempo en mi *Delitto politico*, fundándome en los héroes del 89, imitadores medianos de los héroes de Plutarco; mas creo que nadie ha encontrado tan eficaz prueba como Guillermo Ferrero.

«..... ¿Qué es toda nuestra educación sino una continua glorificación de la violencia en todas sus formas? Una muy importante parte de aquélla es la instrucción clásica, y ésta no puede resolverse más que en un himno á la fuerza brutal, que comienza con la apoteosis de los asesinatos de Codro ó Aristogitones para llegar

á los regicidios de Bruto, á través de la historia de todos los crímenes horribles cometidos por el más brutal de los antiguos pueblos: el pueblo romano. Y toda la historia de la Edad Media, y toda la historia moderna, y aun la historia misma de nuestro renacimiento, tal como hoy se enseñan, ¿qué son sino la apología, hecha desde un punto de vista especial, de actos brutales y violentos? ¿Cómo, si no fuera así, hubiera podido escribir con general aplauso un poeta á quien todos consideramos como la encarnación moral de la nueva Italia, los siguientes versos?

Ferro e vino voglio io.....

Il ferro per uccidere i tiranni,

Il vin per celebrarne il funeral.

(Hierro y vino quiero yo.....)

El hierro para matar á los tiranos,

El vino para celebrar los funerales.)

»Y es en este punto tan profundo el

mal, que están contagiados todos los partidos: lanzaron los clericales un ¡hurra! á la puñalada de Ravallac; los conservadores á los fusilamientos en masa de los comunistas de 1871; los republicanos á las bombas de Orsini: todos están de acuerdo en santificar la violencia, cuando es útil á sus fines y á sus ideas. El nuevo héroe de estos últimos años del siglo no es un gran sabio ni un gran artista: es Napoleón I; y las odiosas aberraciones de Nietzsche encuentran hoy, á semejanza de la Biblia, multitud de fervientes y devotos comentadores.

»¿Quién ha de maravillarse, después de esto, de que en una sociedad tan saturada de violencia, produzca ésta de tiempo en tiempo chispazos de tempestad? No se puede impunemente santificar la fuerza brutal, ni aun con la idea de que ha de ser aplicada tan sólo en determinados casos; más tarde ó más temprano llegará quien levante el Vangelo de ella en un credo político ó en otro. La conciencia

del hombre moderno debe volver sobre sí misma, y abjurar solemnemente de esta salvaje religión de la fuerza brutal, de la que tan devota ha sido y es ahora la humanidad: debe comprender al fin, que el principio «la violencia es siempre inmoral, aún cuando se usa para responder á otra violencia», no es un sentimentalismo morboso, sino un axioma moral que surge latente de las observaciones mismas de la vida. Es necesario predicar con gran energía y en todos los tonos esta nueva religión de la persuasión y de la fuerza moral, para avivar y favorecer el gran cambio que se está operando en el seno de las modernas ciudades; de otro modo se equiparará el europeo, con toda su ciencia y civilización, al australiano aquel que, interrogado por Bonwik acerca del bien y del mal, contestó: «Bien es cuando yo robo la mujer de otro; mal es cuando otro me roba la mía.»

Otro urgente remedio es el económico. Tenemos ahora (antes lo he dicho) un

fanatismo económico, como en otras épocas teníamos un fanatismo político, y es justo y es beneficioso que demos á ese fanatismo una válvula de seguridad con los medios económicos, como antes se la dimos al político con las constituciones, el parlamentarismo, etc., y al religioso con la libertad de cultos y otras reformas semejantes.

Los remedios más radicales serán aquellos que tiendan á impedir la excesiva concentración de la propiedad, de la riqueza, del poder, para que puedan los que tienen talento y condiciones para el trabajo, ganarse la vida (1).

En Francia mismo, la revolución del 89 no hizo más que sustituir con los grandes propietarios á los grandes señores feudales, y en tanto que antes tenían los

(1) Además, es menester que deje de ser una verdad aquella frase que Beaumarchais puso en boca de su filósofo *Figaro*: «Por su intelecto y su conducta hay muchos criados que merecían ser señores, y muchos señores que merecían ser criados.»

agricultores la cuarta parte del suelo, hoy no disponen más que de la octava.

En los Estados Unidos, mientras entre el 91 por 100 de los habitantes no poseen más que el 20 por 100 de la riqueza del país, entre el 9 por 100 poseen el 80 por 100; 4047 disfrutan cerca de 36 veces lo que gozan 11.587.887 familias reunidas.

Y de este lado, el socialismo es considerado por los políticos necios (y no son pocos) como un fiel aliado de la anarquía, siendo así que es precisamente su mayor enemigo y el mejor preventivo.

«Nadie—escribe uno de nuestros más ilustrados socialistas,—ni aun los más rabiosos conservadores, se han puesto como los socialistas tan resueltamente enfrente de los secuaces de la absurda y salvaje teoría de emplear el asesinato político para llegar á la reivindicación económica. Los jesuitas han armado la mano de Ravailac y de los verdugos de la ferroz Inquisición. Los jefes del tercer Es-

tado cantan en sus escuelas la gloria de Timoleón y de Bruto, y pensionan á las familias de Aguilao Milano y de Félix Orsini.

»Los socialistas, mantenedores de una moral basada en el estudio positivo de la historia y de la sociedad, no cesan de repetir á los trabajadores que sus males no son ni deseados ni causados por los ricos, sino que son la inevitable consecuencia del actual sistema económico; que por esta razón se curarán dichos males cuando se verifique un cambio en este sistema, y que tal cambio no pueden realizarle ni la bomba ni el puñal, sino sola y únicamente la acción enérgica y cada vez creciente de los mismos trabajadores, que unidos, organizados, conscientes, llegarán—como llegó el tercer Estado—á la conquista de sus derechos, y darán vida á una sociedad nueva, en armonía con sus intereses» (1).

(1) *La Giustizia*, 1.º Julio 1894.

El decaimiento de la anarquía en Alemania, Austria é Inglaterra, tan pronto como el socialismo comenzó á difundirse; Andrea Costa quemado en efígie y Prampolini asesinado por los anarquistas por haber iniciado el movimiento socialista, y todos los feroces ataques de las publicaciones anarquistas de toda Europa contra los socialistas, son clara prueba de la enorme divergencia entre los dos partidos.

El socialismo, en suma, refuta la teoría anarquista ante aquellos que le son más adictos, con las conclusiones que ya experimentalmente expusimos (1); demuestra que ninguna nueva forma política ó económica puede implantarse sino muy suavemente preparada, y que sólo un cambio lento, ordenado, en el sistema capitalista, mejorará las condiciones de los menos poseedores, disminuyendo la

(1) *Il Delitto politico e le rivoluzioni*, por LOMBROSO y LASCHI, parte 1.^a

concentración excesiva de la riqueza, sostenida con tan egoísta favoritismo por la antigua economía política, que dimando de los ricos, sólo en los ricos pensaba, sin preocuparse de los demás y obrando como si no existieran.

Pero importa, sobre todo, hacer un socialismo práctico y no budístico como el de Italia; que los socialistas se convenzan de que, por conservarse puros é independientes, concluirán por no tener ningún adepto, y que la causa importantísima que á sus manos está encomendada les permite, para conseguir lo que en política es todo, el éxito, aliarse con otros partidos, al menos en algunos puntos determinados, á los que la opinión pública arrastra á los partidos reaccionarios, como, por ejemplo, la abolición de la guerra, las ocho horas de trabajo, la reforma de los contratos agrarios, etc.

Del mismo modo que se ha dado un gran paso en la subdivisión de la propiedad con la abolición de los mayorazgos

(que antes parecía el fin del mundo), así creo que sin grandes trastornos, podría provocarse una mayor subdivisión, estableciendo en favor de las clases más pobres un fuertísimo impuesto sobre las riquezas que sobrepasasen un millón ó mayor cantidad si se quiere; y si las grandes propiedades, como las del campo romano y siciliano, asegurando la riqueza de unos pocos causan la miseria de todos, no veo qué dificultad impediría la expropiación forzosa en favor del Estado, cuando si se tratase de una inútil fortaleza, nadie lo encontraría chocante ó violento (1); ni veo que se oponga nada á reformar los contratos agrarios y á la mayor participación de los agricultores en las utilidades; y cosa es ésta que ya se les ha ocu-

(1) El proyecto de ley sobre la *latifundia*, de Crispi, hubiera sido un gran paso en este camino. Mas ¡ah! la Cámara, que encontró acordes á todos los partidos para votar las más violentas leyes de represión, no encontró ocasión de discutir ni de aprobar un tan importante proyecto.

rrido á eminentes políticos nada sospechosos de revolucionarios, como Jacini, por ejemplo. Y ¿por qué no podrá hacerse lo mismo para los azufres en Sicilia y para los mármoles en Lunigiana? Y si la carestía del carbón es un obstáculo al florecimiento en Italia de algunas industrias, no sabemos por qué no había el país de poner en práctica é impulsar el transporte á distancia de la fuerza hidráulica, al menos en una centésima parte de la que se derrocha tontamente en usos militares y coloniales.

En Inglaterra no es preciso para todo esto la fórmula socialista; que es el único Gobierno sabio que en Europa, en la cuestión irlandesa primero, en la obrera después, con el indulto absoluto de los huelguistas, con la concesión espontánea de las ocho horas de trabajo para todos los oficios dependientes del Estado, con los arbitrajes, en que patronos y obreros tienen igual número de votos, había prevenido todo abuso de las clases opuestas,

y va ahora, con la iniciativa de un verdadero lord (lord Rosebery), acercándose á la completa solución de la cuestión social sin tumultos y sin violencias. Y allí es donde la anarquía ha degenerado en impotente, donde es despreciada por los mismos á quien ella pretende socorrer, porque han comprendido que sólo perjuicios y trastornos podrían resultarles de tal doctrina.

En el orden político, una restricción en la inmunidad parlamentaria y en el exagerado poder concedido á los diputados, sería una salvaguardia mucho mayor que las rejas y guardas de que empiezan á rodearse aquéllos contra los golpes anarquistas.

Cuando los reyes eran despóticos, es natural que la anarquía fuese regicida; y es lógico que ahora que los diputados son tan irresponsables como aquéllos y aun más despóticos y culpables, hayan cerrado contra ellos los anarquistas, cometiendo *diputaticidios* en vez de regicidios.

Habíamos ¡vive Dios! luchado durante siglos para suprimir los privilegios de los sacerdotes, de los guerreros y de los reyes, ¿y vamos á mantener ahora, bajo la mentira de una pretendida libertad, los más dictatoriales privilegios en beneficio de personas capaces de cometer los más comunes delitos en mayor escala que setecientos reyes?

Y aquí es oportuna aquella proposición que yo hice en mi *Delitto politico* de crear un Tribunalado que tuviese el derecho y el deber de decir á todos la verdad sin temor á los procesos por difamación, acordándome de que sólo al Tribunalado debió la República romana su equilibrio y su estabilidad (1), y que á los procura-

(1) En un principio sólo tuvo por objeto el Tribunalado la protección contra los excesos del poder consular y el sostenimiento de la ley Valeria. No disfrutaba más que un derecho de oposición (*el veto*) á las decisiones de los Cónsules y del Senado (*intercedere*). Con el tiempo, la importancia de los tribunos fué tan grande, que llevaban ante las tribus á los Cónsules y otros ma-

dores de los pobres es preciso agradecer el que los Gobiernos despóticos se retrajeran en algunas ocasiones de dictar tiránicas medidas. Aun en nuestros escándalos bancarios, sin los tribunales bolsistas en París y sin el *Colaïanni*, todos los partidos, todos los hombres serios, se hubiesen puesto de acuerdo para ocultar el delito y encubrir las llagas, aunque éstas hubieran comenzado á gangrenarse. Por esta razón creemos que un buen Gobierno debe, en vez de poner obstáculos, como hace, á la elección de éstos, favorecerla por todos los medios posibles, como un arra de su propia honradez, como una garantía para el público de que será siempre igual, de que dirá la verdad, aunque todos traten de ocultarla.

Una de las reformas que mejor contrarrestarían la corrupción, y, por lo

gistrados al finalizar el ejercicio de su cargo, exigiéndoles las oportunas responsabilidades. De este modo llegaron á determinar por sí mismos la política general de la República.

tanto, la anarquía, que la sigue como á los cadáveres el buitre, sería una amplia descentralización. Cuando á un Gobierno tan centralizado como el nuestro ó el francés, se le encarga de administrar grandes sumas, de realizar asuntos de millones y millones, como los de obras públicas, la corrupción surge á su alrededor en seguida, porque la responsabilidad ante el público es muy indirecta y muy débil, y la esperanza de la impunidad es muy grande. Haced, en cambio, que los administradores estén á la vista de los ciudadanos, y la responsabilidad será más directa, y la resistencia de los débiles á quienes podría fascinar el dinero será mayor. Todos habrán podido comprobar que los Panamás ocurren siempre en torno á las grandes administraciones centrales, ó cuando más, y en proporciones reducidísimas, en las comunales (1).

(1) Véase el juicio que merece á Odilon-Barrot la

De igual modo que al castigar el cólera con mayor dureza en los distritos más pobres y sucios de las ciudades, nos indica el sitio á que debemos aplicar con más urgencia nuestras medidas profilácticas, así la anarquía, desarrollándose preferentemente en los países peor gobernados, nos señala, ya que no lo hacen ni las masas ni los hombres políticos

centralización administrativa: «Convierte al individuo en autómeta, enervando todas sus facultades; acarrea la ruina de los Estados, que no son más que sumas de las fuerzas individuales, y agota en gastos improductivos las fuentes del trabajo particular; es, además, obstáculo á las reformas, porque destruida toda opinión, sólo revolucionariamente es posible el cambio; fomenta la plaga de la empleomanía, pues concentrando toda la actividad social en el Gobierno, hace que á él aspiren todos los ciudadanos, máxime cuando se llega al delirio de ver en el destino, á más de una prebenda, una distinción; y como poder y responsabilidad son cosas correlativas, el individuo despojado de toda participación en los negocios comunes se descarga de toda responsabilidad, que se acumula en el Gobierno, al cual se le atribuye todo lo que ocurre, echándole la culpa de lo que puede inferir algún daño y hasta contrariar un deseo, llegandose á imputarle hasta la inclemencia de las estaciones.»

por su apatía, qué Gobierno es malo, y nos sirve, por lo tanto, de un estímulo para mejorarle. Y de aquí que debemos mirar atentamente su aparición para mostrar los medios conducentes á suprimir los desórdenes y los abusos que favorecen su nacimiento y su permanencia.

Es innegable que á los males de Sicilia, repetidamente revelados por Villari, Sonnino, Damiani, Colajanni y Alonji, nadie pensó seriamente en poner un eficaz remedio antes de ocurrir los últimos motines, ni siquiera con aquellos eternos proyectos de ley que han resultado siempre letra muerta; y aun menos se pensó en tal remedio cuando formaba parte del Gobierno uno de los que primero habían llamado la atención sobre las graves condiciones en que se hallaba aquel país; la desventurada revolución última ha hecho por la reforma agraria de la isla lo que en treinta años no pudieron hacer 10.000 diputados: ha logrado que

aparezcan serios proyectos de reformas económicas, y los movimientos anarquistas de Irlanda han sugerido á Gladstone sus medidas y sus reformas. Mientras tanto, á la agravación cada vez mayor de las penas, en Rusia, España y Francia, sin cambio ninguno de las instituciones, siguen siempre más graves atentados.

Por caridad, no les imitemos, no seamos ciegos como ellos. ¡Pueblo: ya que en medio de tantas vergüenzas y de tantos vicios no hemos tenido más que el de la intemperancia política, no desmintamos nuestras buenas tradiciones; no usemos la brutal violencia contra la anarquía, porque la haremos crecer y ser más feroz; busquemos, por el contrario, sus causas, y apliquemos en ellas remedios radicales!

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUAN



NUEVA
BIBLIOTECA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS